

ESTUDIOS BIOGRAFICOS.



Estátua de Corneille en Ruan.

PEDRO CORNEILLE.

Al siglo en que vivimos, tan fecundo en grandes y extraordinarios acontecimientos, á este siglo que bastaría para dar renombre solo la invención del vapor, per-

Tomo II. 25 de Setiembre de 1844.

tenece tambien la gloria de haber hecho justicia entre otros á tres grandes hombres, honra y prez de las naciones en que vivieron: hablamos de Guttemberg, de Cervantes y de Corneille. Al primero, inventor de la imprenta, hace poco tiempo se ha erigido un monumento en Maguncia, su patria, á cuya ceremonia asis-

tieron representantes de la prensa de todas naciones civilizadas, excepto de España, que la primera en otro tiempo á figurar en las solemnidades y en las batallas, yace hoy olvidada y abatida, no por culpa de sus hijos sino por otras causas que todos sabemos y no son de nuestro cargo repetir. El inmortal inventor del Quijote, ha merecido tambien un recuerdo, aunque tardio á sus compatriotas; el sencillo monumento que se eleva en esta corte en la plazuela que fué de Santa Catalina, enseña á los estrangeros y recordará á la posteridad, que en medio de nuestras penurias y disensiones, hemos sido mas justos con Cervantes, que lo fueron sus contemporáneos que le dejaron morir en la miseria; pero no son ni de estos monumentos ni de estos personajes de los que vamos hoy á ocuparnos, sino de Pedro Corneille, primer regenerador del teatro francés, y de la magnífica estatua erigida á su memoria en la ciudad de Ruan su pais natal, en 1834, de que es esacta copia el grabado que sirve de encabezamiento á este artículo.

Corneille, como todos los hombres grandes, tuvo que sufrir la persecucion de los envidiosos y que adular al poder para no morir de hambre. Nacido en Ruan, como queda dicho, en 6 de junio de 1606, de familia pobre aunque honrada, fué educado por los jesuitas á quienes conservó siempre grande afecto. Una aventura amorosa le dió asunto para su primera composicion dramática, la comedia titulada *Milite*, que se representó en 1620, y aunque muy defectuosa revela ya el génio del autor del *Cid*. El cardenal de Richelieu que gobernaba entonces la Francia, tenia sus pretensiones de poeta, y disgustado por las observaciones francas de Corneille, respecto de alguna de sus faltas dramáticas, se declaró enemigo suyo, y Corneille de resultados tuvo que abandonar á Paris y volverse á su provincia. Mr. Chalon, amigo de su familia lo recibió en su casa, lo felicitó por los primeros ensayos y le aconsejó que aprendiese el español y se dedicara al estudio de nuestros poetas si queria adquirir gloria y renombre; porque la España entonces no solo dominaba en Europa y en América por las armas sino tambien por las letras: tristes recuerdos de lo que fuimos, que hace mas amarga la consideracion de lo que somos. Corneille siguió el consejo, y su resultado fué producir el *Cid*, imitacion de la comedia que con el mismo título escribió nuestro Guillen de Castro; fuerza es confesar que en esta como en otras piezas imitadas de

Lope de Vega y Calderon, el poeta francés estuvo feliz; pero sus obras mas acabadas son, en nuestro concepto, las tragedias cuyo argumento sacó de la historia romana. No es nuestro objeto seguir á Corneille paso á paso en todas sus producciones, ni en su larga carrera dramática que empezó á los 14 años y concluyó á los 78; esto seria un trabajo prolijo y ageno de nuestro propósito. Bien conocidas son sus obras contra las que la critica se ha ensañado mas de una vez, no siempre con razon ni con justicia, porque para ser imparciales debe considerarse á Corneille respecto á su época. Cuando empezó á escribir, solo un teatro habia en Paris donde se representaban ridiculas farsas para entretener al populacho. Corneille dió la señal de reforma empezando por sugetarse á las reglas, guardando las unidades y elevando la tragedia á una altura hasta entonces desusada en Francia. Un escritor célebre ha dicho, que sin Corneille, no hubiesen existido ni Racine ni Moliere. De cualquier modo que se le considere Corneille fué uno de los grandes hombres de su tiempo, sin que esto impidiese que muriera tambien en la miseria, al extremo de haberle tenido que enviar un socorro Luis XIV durante su última enfermedad. Corneille tuvo tres hijos que ninguno heredó su talento; el mayor fué capitán de caballeria y gentil hombre del rey; el segundo, oficial de la misma arma, murió jóven en una batalla; y el tercero, que abrazó el estado eclesiástico, obtuvo un beneficio en la Turena. Murió Corneille el 1.º de octubre de 1684.

La ciudad de Ruan, ha elevado despues de siglo y medio una estatua á la memoria de este hijo que tanto la honra; la estatua es de bronce, de doce pies de altura; y el pedestal, de granito y mármol blanco tiene algo mas; de manera que la elevacion total del monumento será de unos veinte y seis á veinte y ocho pies. Está colocada sobre el terraplen del puente de Orleans en una posicion tan bien entendida que produce un efecto agradable. El rey de Francia, suscriptor para la egecucion del monumento, puso la primera piedra en setiembre de 1833 á cuya ceremonia asistieron los descendientes de la familia de Corneille, que sea dicho de paso, viven hoy en la miseria.

La estatua ha sido egecutada por el célebre estatuario David, y fundida en cuatro partes por Gonon; la fundicion se hizo lo que se llama á *cera perdida*, que es la mejor manera de conservar intacta la forma del modelo.

ESTUDIOS HISTORICOS.

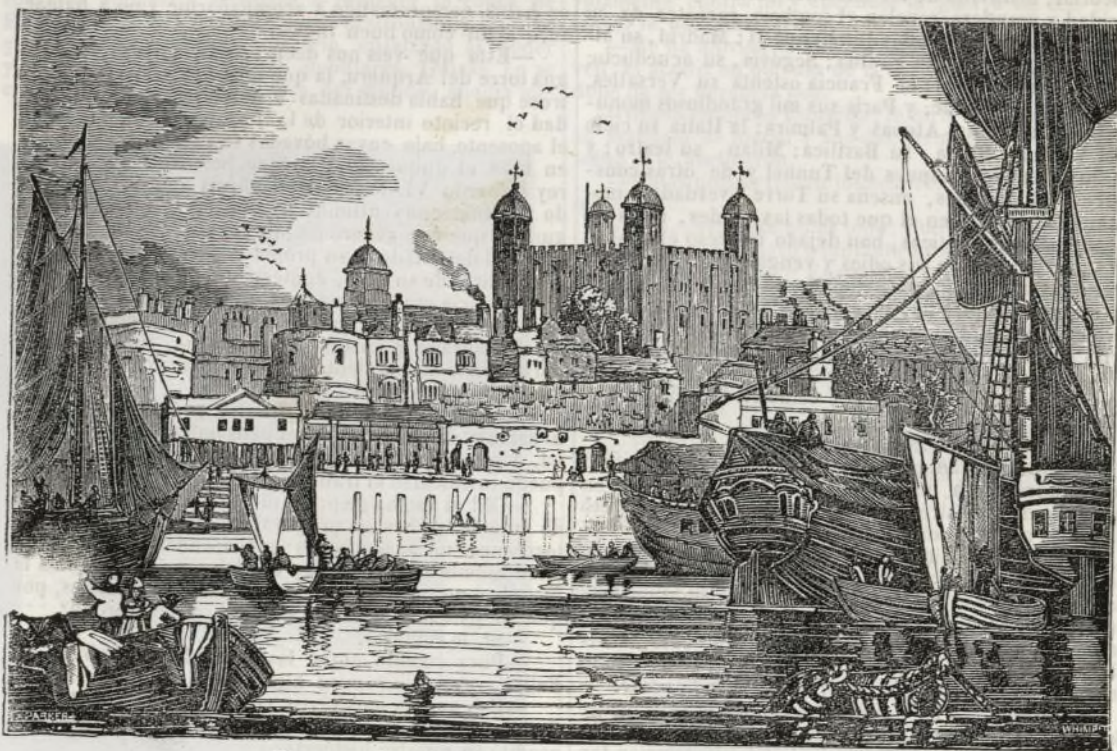
LONDRES Y SU TORRE

Los lectores del Museo habrán visto en el número último pasado correspondiente al mes de agosto, un curioso é interesante artículo, describiendo la catástrofe que no hace mucho, redujo casi en totalidad á cenizas la con razon famosa Torre de Londres. Monumento como este merece, ya que apuntamos ligeramente y como de paso algunos de los hechos mas notables que se han verificado dentro de sus muros, que consignemos en las columnas de nuestro periódico algunos detalles mas, siquiera por que sus abrasadas bóvedas no pueden transmitirnos las quejas de los prisioneros confundidas con las aclamaciones de alegría, siendo mansion de la magestad, y con las exortaciones de los religiosos y los ayes de los mártires ilustres que con su sangre regaron sus impenetrables subterráneos, víctimas de la maldad

de los reyes. Para conseguir mejor nuestro objeto, vamos á trasladar una carta que de su primera visita á Londres hace pocos años, nos remitió un amigo lanzado por las vicisitudes políticas á aquella capital.

«Amigo mio: decia la carta; héteme ya en la capital del imperio británico, contemplando el arrogante curso de las aguas del Támesis; habitante desconocido é insignificante de la mas rica y mercantil ciudad del mundo; en el mas grande pueblo de Europa, (aunque para mí no es esto ya Europa) y una de las 1.274,000 bocas humanas que dicen encierra este pueblo, y que si todas comen como la mía, afirmo que no sé como hay tierra que suministre víveres para tanta gente.

Tú ya has visto á Paris, y me acuerdo que me escribias lleno de asombro, que te parecia hallarte el día que te apeaste de la silla del correo, en un pueblo cuyos habitantes se habian vuelto locos, que no atendias mas que á cuidar de que no te atropellara alguno de los innumerables coches que en todas direcciones cruzaban,



Torre de Londres vista desde el Támesis.

que te había ensordecido el ruido y la confusión que por do quier te circueja, y otras muchas cosas que demostraban cual había sido el efecto que en tu ánimo había causado aquella impresión primera; de suerte que tú mejor que otro podrás calcular lo que esto será cuando te diga que París respecto á Londres, es lo que Madrid á París.

Si en efecto; distintas son las impresiones que se experimentan al penetrar por primera vez en cada una de estas ciudades, las Atenas del mundo moderno; en París, ruido, confusión, ligereza, risueñas apariencias; en Londres, no menos ruido; pero si mas gravedad y sombrías perspectivas. Esta ciudad vaporizada en todos sentidos y conceptos puede solo verse en toda su extensión algún día muy raro en el año, de lo alto de la torre de san Pablo situada en el centro, y cuya elevación domina á todos los edificios. Rara vez tambien el hermoso azul del cielo, siempre cubierto de nieblas se muestra á las ávidas miradas de sus habitantes: de continuo las chimeneas encendidas con carbon de piedra, despiden torbellinos de humo que condensándose se suspenden sobre la ciudad convertido en cenicienta nube. Bien quisiera hoy decirte algo de los monumentos bellísimos que encierra la ciudad dentro de sus muros, pero cómo hacerlo en un día, de los infinitos notables que bajo tan diferentes aspectos se ofrecen á la curiosidad del viajero? Basta decir para comprender que deberá haber un número bastante considerable, el que ocupa la ciudad una extensión de quince millas de longitud, y unas doce próximamente de anchura, en cuyo terreno se contienen catorce mil calles, treinta y cuatro paseos ó alamedas, 75 *squares* (especies de plazas ó praderas cubiertas de yerba y arboledas); doscientas cincuenta mil casas de diferente número de pisos, de las que muchas se

elevan hasta el sesto; trece teatros, quinientas iglesias, cinco mil doscientas tabernas, y nueve mil cafés.

Mucho pudiera decir de la colosal iglesia de San Pablo, de inmensas dimensiones y de no grande efecto, apesar de haber costado su construcción al pie de 1.500.000 libras esterlinas, unos ciento cuarenta y cuatro millones de reales; de la abadía de Westminster panteon de los monarcas; de los monumentos erigidos á la memoria de Newton y Shakespeare y del increíble *tunnel* construido bajo el Támesis, cuya longitud no es menos que de 1300 pies; pero no es de nada de esto de lo que pensaba haberte, ni tampoco de que en este país el dinero vale menos ó los géneros estan muy caros, es decir que cuesta mucho el vivir, y mucho mas si ha de hacerse con alguna comodidad aunque sea sin ostentación, ni de que es mas indispensable que en París andar en coche; pues pasan de cincuenta mil los que se calcula circulan diariamente por la ciudad, con riesgo eminente de nos la infantería; ni de los centenares de ómnibus que cruzan por todas partes, pero que cuesta cada plaza por una carrera, es decir por ir de un punto á otro, un chelin, casi cinco reales, ni de las seductoras inglesas que aunque de ojos azules y rubias trenzas, guardan bajo su helado exterior, una alma de fuego que ostentan cuando les conviene, como los volcanes ocultos en el seno mismo del Océano; sino de otra cosa mas seriosa y mas formal.

Todas las naciones amigo mio, y en general cada uno de los pueblos que las componen, poseen un monumento, edificio, roca ó cueva en que se encuentra representada su vanidad, porque les recuerda su pasada grandeza, algun hecho heroico ó porque solamente sea monstruosa producción arquitectónica.

Nuestra España posee el soberbio monasterio del

Escorial, maravilla de las naciones cultas, y cuya austeridad y grandeza revelan el sombrío carácter de su autor y fundador el inflexible Felipe II; Madrid, su alcazar real; Sevilla, su giralda; Segovia, su acueducto; Burgos, su catedral; la Francia ostenta su Versalles, su puente de Curzac, y París sus mil grandiosos monumentos; sus ruinas Atenas y Palmira; la Italia su cielo y el Vesubio; Roma, su Basílica; Milan, su teatro; y en fin, Londres despues del Tunnel y de otras construcciones atrevidas, enseña su Torre, verdadero monumento histórico en el que todas las edades, reinados y conmuevas políticas, han dejado impreso el blason de sus crimines, de sus odios y venganzas. No se comprende la prolongada existencia de un edificio que tantas diversas vicisitudes ha experimentado, ni podrá citarse otro en Europa, niaun en el mundo entero, cuyas sombrías paredes despierten mas considerable terror.

—Habreis estado en la Torre? es la primera pregunta que á un extranjero se dirige, como en España lo hacemos con el Escorial.

—No por cierto, contestaba yo.

Y tantos y tantas veces me repitieron lo mismo que aunque tenia intencion de examinarla, escitaron mi curiosidad al extremo de alterar mis planes respecto á los dias que para cada cosa habia determinado.

Un inglés chiquitillo y gordo, que no todos son como por ahí se piensa, largos y delgados, se ofreció voluntariamente á acompañarme, y decididos á emprender la expedicion, porque deliberarse merecia teniendo que andar unas dos leguas que distaba de mi casa, acondicionamos nuestras personitas en dos plazas de un ómnibus que por cerca de la Torre debia de pasar.

Ya estamos en la Torre y mirándola esteriormente desde la sosegada y lenta corriente del abundoso Tamesis, y quiero hacerte gracia de una descripcion tan minuciosa como merece y que no podria contener los límites de una carta; sin embargo intentaré suministrarle algunas noticias por las que puedas formar una idea aunque ligera.

El espacio de terreno que ocupa el edificio, las construcciones esteriore y el que se estiende á un radio un poco mayor, constituye un distrito particular que se llama el Sagrado de la Torre, con su jurisdiccion y sus privilegios particulares, cuyos límites y derechos tan controvertibles son, que dan origen á continuas é interminables discusiones. Un condestable cuyas funciones son tan antiguas como la Torre, es el comandante de la plaza, y tuve en mi mano la lista de los ilustres ciento diez y ocho personajes que han ejercido este honorífico cargo desde Geoffrey de Mandeville, el primero de todos nombrado en el año de 1066, hasta el actual que como no ignorarás es el duque de Wellington. Una numerosa guarnicion ocupa perennemente esta fortaleza, un foso de unas trescientas varas de longitud y de treinta y cinco de anchura por algunos puntos, la defiende, habiéndose reparado y aun añadido otras fortificaciones, á fines del siglo pasado, cuando el espíritu reformador de esta época hizo temer alguna agitacion. Por la parte del mediodia están montadas las piezas que hacen los saludos en los dias de gala; y presenta en general la Torre la figura de un pentágono irregular, incluyendo una grande plataforma por la parte que la separa del rio.

El que escriba la historia de esta célebre Torre desde su fundacion hasta nuestros dias, podria decir que lo habia hecho de la historia de Inglaterra, ocuparia muchos volúmenes, y de consiguiente, el intentar describir lo que dentro de ella existe, sobre ser en extremo pesado, seria tambien alzarme yo con pretensiones de que carezco. Por hoy solo quiero enterarte de la conversacion que en mal francés sostuvimos un ayudante del conserje y yo, porque mi amigo selló sus

lábios al penetrar en la ciudadela, sin duda porque se habia comprometido á acompañarme y no á hablar, raro al fin como buen inglés.

—Esta que veis nos decia nuestro guia es la antigua torre del Arquero, la que mejor se conserva de las trece que habia destinadas á defender en la antigüedad el recinto interior de la fortaleza.—Os hallais en el aposento bajo cuyas bóvedas se cree fué ejecutado en 1478 el duque de Clarence, hermano de nuestro rey Eduardo VI: la tradicion afirma que no queriendo mortificar sus últimos momentos le envié á preguntar, que qué género de muerte escogeria si la tranquilidad del estado y su propia conservacion exigiesen el sacrificio de su vida, contestándole en seguida; que la existencia era una luz que un débil soplo apagaba; pero que él gustaria mas de apagarla no como Séneca desangrado y en un baño de agua, sino en un tonel de vino. Consiguientemente á su deseo murió ahogado en una tina de Malvasia.

—No tenia mal gusto, nuestro prógimo el duque, ni carecia de originalidad el pensamiento; pero sabrá vd. decirme que motivos hubo para su muerte, ni como puede justificarse el fratricidio?

—Oh! si me ha de preguntar vd. la historia de cada uno de los hechos memorables que recuerdan estos torreones, no acabariamos nunca; además que no le debe asombrar que un rey condene á su hermano á la última pena, cuando vds. tambien los españoles, por que me parece que es vd. español, no es verdad?

—Sí, le contesté.

—Pues cuando entre los españoles ha habido un Felipe rey, que con su hijo hizo lo mismo.

—Eso no está muy claro, repliqué algo amostazado de que se mostrara aquel hombre echándomela de erudito en nuestra historia.

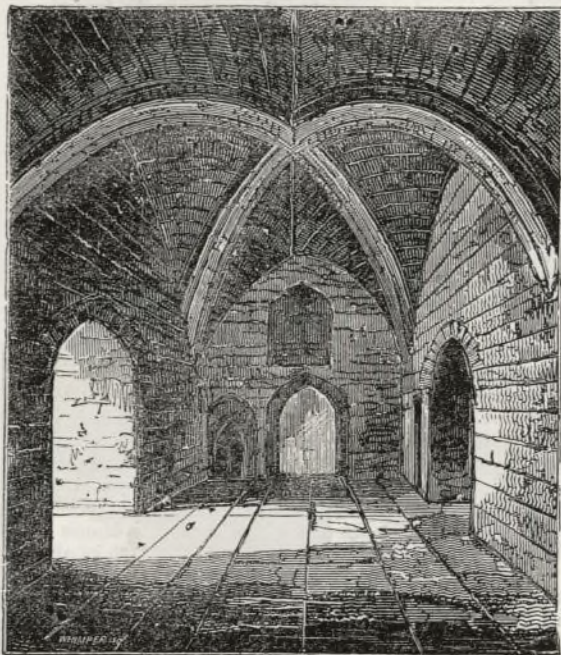
—Oh! sí, para nosotros si; la Inglaterra tiene motivos para conocer muy á fondo á aquel monarca adusto é inflexible; las pasiones arrastran á los hombres muy lejos; porque dicen, vd. lo sabrá mejor que yo, que fueron los celos la causa de su muerte.

—Yo no lo sé, le dije, pero que tiene que ver nuestra historia y nuestro Felipe con el duque de Clarence de quien iba vd. á hablar y por quien yo preguntaba?

—Es cierto; porque al fin, pocos borrones como ese cuenta la historia de los monarcas españoles, no así los de Inglaterra, Escocia, é Irlanda y la Italia, con sus emperadores, sus cónsules, sus Médicis, Borgias y Papas; estos países pueden considerarse como los clásicos de los crimines célebres; mas por lo que respecta al duque de Clarence, os diré algo de su historia, mientras nos internamos para que examinen vds. esa Torre que se alza allí tan enlucida y que se llama la Torre blanca.

En tiempos de Enrique VI habia un duque de York con tres hijos llamados Eduardo, conde de March y los otros dos Jorge y Ricardo. Las disensiones civiles que eran muy frecuentes en aquel tiempo, despertaron la ambicion del conde de March, duque de York ya por muerte de su padre, y ayudado de muchos parciales consiguió vencer al ejército de Enrique y penetrar en Londres donde fué proclamado rey, conservando á su rival encerrado en la Torre. Entonces fué cuando á Jorge y á Ricardo los hizo duques de Clarence y de Gloucester. Mas tarde á consecuencia de haber declarado Eduardo el secreto enlace que habia contraído con una señora particular, se disgustaron su hermano Jorge y la nobleza, y estalló una conspiracion para arrebatarle la corona, consiguiendo hacerse dueños de su persona y encerrarlo en la Torre. De esta manera es como se explica que á un mismo tiempo haya guardado prisioneros esta Torre á dos reyes de Inglaterr-

ra; pero esto no duró mucho porque los revoltosos tuvieron que emigrar y arrojarle á proteger la causa de Enrique. A su vez se vió Eduardo destronado y fugitivo y Enrique fuera de su cautiverio, ensalzado al poder y el héroe de los regocijos populares. Quizás no se encuentre en ninguna historia del mundo, añadía im-



Torre del Arquero.

pasiblemente nuestro guía, otra era de sucesos mas originales; dos reyes que alternaban á intervalos el calabozo y el trono, las cadenas y la corona, la púrpura y la emigración. Ambos partidos se distinguían, el de Enrique denominándose *de la rosa encarnada* y el de Eduardo, *rosa blanca*, continuando despues por mucho tiempo las muy sangrientas guerras conocidas bajo el nombre de, *de las dos rosas*.

No pasó mucho, sin que Clarence se arrepintiera de prestar su apoyo á la causa de Enrique, y convenido secretamente de nuevo con su hermano, le hizo regresar á Inglaterra donde penetró sin inconveniente, porque proclamaba á su paso que sus pretensiones se limitaban á recobrar el ducado de York, herencia de su padre, y llevando la pluma de avestruz, signo de los partidarios del principe de Galles, hijo de Enrique VI, gritaba con sus amigos: *Larga vida al rey Enrique!* Mas cuando se consideró bastante poderoso y reforzado con doce mil hombres que siguieron á Clarence en su traición, retó al rey á batalla y lo venció, contribuyendo no poco á su victoria el confundirse los combatientes por efecto de llevar en sus armas los de Clarence y los de Enrique, la misma divisa que consistía en una resplandeciente imágen del Sol.

Despues de esta jornada la causa de la *rosa encarnada*, se perdió; porque su jefe Enrique volvió á la Torre y su esposa con su hijo que quisieron tentar un último esfuerzo, fueron derrotados y prisioneros, y no merecía seguramente el jóven principe la muerte desastrosa que recibió.

Prisionero ya lo hizo comparecer el vencedor Eduardo á su tienda.

—Qué os ha movido para tomar las armas tan atrevidamente contra mí y encender la guerra en mis estados? le preguntó.

—Me ha movido, contestó con digna altivez el jóven, el acudir en defensa de la corona de mi padre que debe de ser herencia mia.

Irritado entonces Eduardo, le hirio en el rostro con su manopla de hierro y sus dos hermanos arrojándose sobre él le asesinaron.

—Malas pulgas tenían los señores de aquel tiempo observé yo.

Si, pues aun esto no es todo; sino que el dia mismo en que entró de nuevo triunfante Eduardo en Londres, sucumbió en la torre Enrique, á manos se cree del duque de Gloucester; en seguida fué cuando temiendo la ambicion de sus hermanos, emborrachó tan de veras á Clarence, pero no consiguió lo mismo con el Gloucester porque se le adelantó dándole veneno.

—Ese lo entendió, diria aquello de madrugada y mata primero.

—Si, pero quedó de regente de dos sobrinos menores á quienes encerró en la Torre....

—Y los mató tambien? interrumpí, porque quisiera preguntar á vd. si estábamos seguros.

—Sí; pero fué en esta torre en que entramos ahora y que se llama, *la torre Sangrienta*, que como puede vd. observar casi derruida ya, no ofrece nada de curioso como no sean estos recuerdos históricos.



Torre Sangrienta.

—Pero dice vd. que los asesinó?

—No, los mando ahorcar á pesar de contar el mayor solo once años de edad.

—Pues dígoles á vd. que la prole del duque de York era en toda la estension de la palabra, lo que en mi país llamamos una familia lucida.

—Sí, en tiempos del reinado de Isabel, con motivo de dar mas ensanche á los alojamientos de esta torre, se mandó abrir paso á un pabellon condenado mucho tiempo hacia y hallaron sobre una cama los esqueletos de los dos niños con una soga atada al cuello de cada uno. Para no despertar la atención pública sobre este crimen horrible, mando la reina que lo volviesen á tapiar dejándolo en tal estado; pero Carlos II en 1678 los hizo buscar y que se transportasen con la mayor solemnidad á Westminster donde podrá vd. verlos entre las demás sepulturas de los reyes de Inglaterra.

—Sangrienta es esa historia.

Pues casi todas son lo mismo, á lo menos las que

tienen relacion con este monumento. Ahora enseñaré á vd. la capilla de San Juan Evangelista, donde se hallan los archivos de la Torre. Como vd. vé, se encuen-



Capilla de San Juan Evangelista.

tra en el primer piso, sobresaliendo uno de sus lados sobre el espesor del muro en direccion de Norte á Sur. Antes de la colocacion de los estantes fué enlucida de blanco, lo que encubre la obra primera; pero si vd. repara puede considerarla por algunos lados que el yeso se ha desprendido de la pared; su construccion es sólida, bien ejecutada y en su conjunto ofrece un resto muy notable de arquitectura normanda. En el piso superior se conservan dos salones que no ofrecen mas de particular sino que se llaman las salas del Consejo, porque era donde celebraba sus sesiones cuando el rey habitaba la Torre.

—Me dijo vd. antes si mal no me acuerdo que ibamos á ver la torre Blanca y....

—No, si de intento y para no rodear mucho la he dejado para lo último, por ser lo que mas curiosidad para un extranjero, y sobre todo para un español, ofrece.

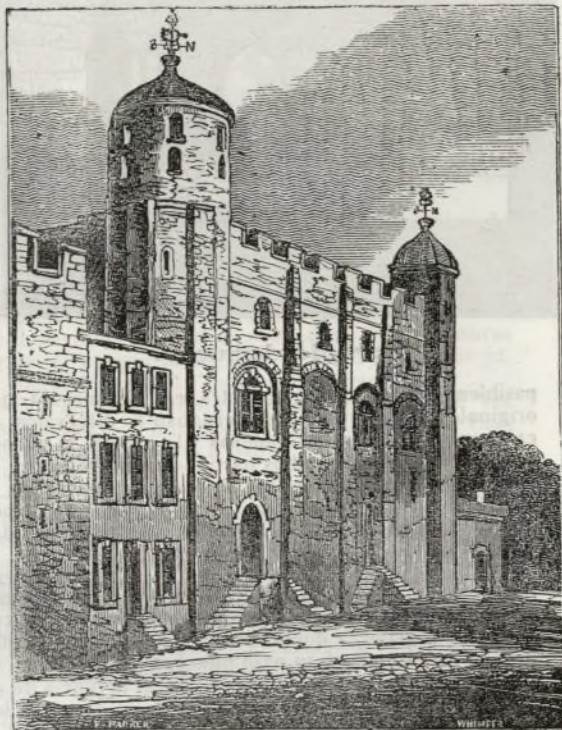
—Para un español! porqué?

—Vd. lo verá despues.

Seguimos andando y al cabo de un trecho esclamó:

—Esta es la torre Blanca llamada así por la costumbre que de inmemorial se conserva de enlucirla de blanco de tiempo en tiempo, lo que patentiza un documento muy curioso del año 1241 escrito en latin y que contiene los reglamentos sobre la reparacion de la torre. Esta torre es una construccion cuadrangular de ciento sesenta pies de longitud, noventa de ancho y ochenta y cuatro de altura. En sus ángulos

si vd. repara se alzan por encima de la totalidad del edificio, torrecillas cuadradas en los que miran al Norte y Sud-oeste, aquella que está en direccion Nord-este es circular y contiene en su interior la escalera principal, y el lado opuesto termina semicircularmente, cuya figura forma un extremo de la capilla, no obstante que tambien tiene su torre, que en armonia con las tres que acabamos de mencionar, prestan á la ciudadela una fisonomia particular. Se compone de tres pisos sin que pueda determinarse á que género de arquitectura pertenece ó se inclina mas, porque las injurias del tiempo y las diversas y frecuentes reparaciones que ha sufrido, han borrado toda huella investigatoria; tienen sus muros quince pies de espesor en su base y doce en los pisos superiores; cada uno de estos se divide en tres pabellones independientes y sus abovedados subterráneos están destinados á guardar la pólvora. Esta puerta secreta, nos decia, empotrada en el muro conduce á una habitacion oscura de diez pies de largo y ocho de ancho que se halla construida tambien dentro de la espesura del muro.



La torre Blanca.

—Y no podríamos verla?

—Si por cierto, nos dijo nuestro conductor; pero esperen vds. que vaya á buscar una luz.

—No se incomode vd. le dije.

—Nada tiene de particular este y otros ca'abozos que existen por el mismo estilo, como no sea el que en uno de ellos fué donde Sir Walter Raleigh compuso su Historia del mundo, y que aun se conserva en una de sus paredes algunas inscripciones trazadas en 1553 por los que estuvieron encarcerados como cómplices de una revuelta civil.

Entre las cosas que hacen célebre esta torre, aña-

dió nuestro inglés, es una la de haberla habitado durante los larguísimos años que estuvo prisionera, nuestra reina Isabel, tan memorable en los fastos de nuestra historia.

—Si, la que debió la corona á su cuñado nuestro buen rey Felipe II, y que tan mal despues se lo agradeció.

—No tal; porque no se la debió á su buena voluntad; sino á su sagaz y calculadora política. Oh! los españoles de entonces sembraban para coger ciento por uno.

—Vamos, pues quiere decir que no tendrían mucho que echarse en cara con los ingleses de ahora.

—No le convenia por entonces al coloso monarca de España el que heredase el trono de Inglaterra la hermosa Maria de Escocia, porque aliada por vínculos muy estrechos de parentesco con la Francia, hubiera inspirado celos al señor de ambos mundos.

—Me está escitando la curiosidad el que vd. se muestre tan enterado de nuestra historia.

—No es mas que del reinado de Felipe, del que conozco algunas particularidades, porque como vd. sabrá muy bien, estubo en Londres á casars: con Maria Tudor hija de Catalina de Aragon y de Enrique VIII, y nos dejó memoria indeleble de su carácter; ademas que mi abuelo y mi padre sucesivamente han sido conserges de esta Torre y nada tiene de extraño que me considere enterado aunque solo sea tradicionalmente, de los hechos que en ella han acaecido y de los que con ellos tienen relacion.

—Si, estubo catorce meses antes de ser rey de España, siendo solo príncipe, y si la memoria no me es infiel viudo ya de doña Maria de Portugal de quien tenia un hijo llamado Carlos.

—Efectivamente; pero quizás no tenga vd. noticias del tratado que se negoció para esta alianza.

—Ciertamente que no.

—Pues fueron las condiciones principales, para que se efectuase el enlace con Maria, á pesar de ser mayor que él en once años; el que Felipe mientras la reina viviera se titularia rey de Inglaterra; pero que solo gobernaria su muger y dispondria absolutamente de la hacienda, oficios y beneficios del reino; que los hijos que naciesen de este matrimonio, tendrían no solo los derechos á la corona natural, sino tambien al ducado de Borgoña y á la posesion de los Países Bajos; que si faltaba sin posteridad el príncipe Carlos, único hijo de su primera muger, sucederian al trono de la España los hijos de Maria hembras ó varones que fuesen, comprometiendo al mismo tiempo á Felipe á que los españoles ni ningun otro estrangero pudiesen ejercer mando ni autoridad en la Bretaña.

—Sabe vd. que sus compatriotas se pintan solos para hacer tratados matrimoniales?

—Pues á pesar de todas estas restricciones temian mucho los ingleses á aquel príncipe, porque conocian su fanatismo religioso y el apoyo tan formidable en que podia sustentar proyectos atentatorios á las libertades políticas y religiosas de la Bretaña. No faltó quien moviese una insurreccion oponiéndose, pero pagó con la cabeza su audaz tentativa: Felipe hizo su entrada en Londres el 19 de julio de 1554 en medio del silencio del pueblo que no tardó en ver erigirse por todas partes cadalsos donde se castigaba el crimen de heregia. Aunque en honor suyo, fuerza es confesar que era Maria la mas cruel, porque el rey demasiado previsor para no presentir la tempestad, trató de calmar un poco á su compañera: En la moderacion que aqui mostró envolvia un gran pensamiento político; pensaba así conciliarse el favor del pueblo para conseguir su coronacion como esposo de la reina; pero no accedió el parlamento á su solicitud. Defraudado en sus esperanzas, y convencido

de que no tendria hijos de su muger que acusaba de su esterilidad á los hereges, se retiró á Flandes despues de vivir entre nosotros el tiempo que ha dicho vd., donde le aguardaba otra mas grande é inesperada fortuna: la abdicacion en favor suyo de las coronas que ceñia su padre Carlos V.

—Pues señor, de todo eso lo que me parece mejor es lo bien hilado de la negociacion matrimonial, lo quedemos ahora estudiar nosotros, porque tambien con el tiempo ha de saber vd. que tendremos una reinecita casadera.

—Si, pero Felipe II se llevó gran chasco, cuando conociendo estar cercano el término de la existencia de su Maria Tudor, protegió los intereses de Isabel, porque esta princesa rechazó sus pretensiones amorosas contribuyendo tambien á que no lograse su objeto de poseer la Inglaterra, las diferencias religiosas y el atentado cometido por una flota española que se apoderó de los barcos y riquezas de un negociante inglés que iba á América, escudado en el convenio ratificado entre Carlos V y Enrique VIII y de cuyo atropellamiento Isabel no pudo obtener satisfaccion.

—No puede vd. figurarse le contesté yo, cuanto gusto me ha dado esa noticia, porque al fin eso tendremos que desquitar del alevoso apresamiento que á fines del siglo pasado ó principios del presente nos hicieron vds. de unas fragatas que cargadas de plata venian de América, y tampoco nos han dado vds. explicacion alguna, al menos que yo sepa.

—Oh! Eso es distinto.

—No, le dije yo, los robos siempre se parecen unos á otros.

—Ahora, me dijo asomándose por una ventana y haciéndome seña de que le imitara, vé vd. aquella torre pequeña?



Torre de Santo Tomás, ó puerta de los traidores.

—Si que la veo.

—Pues se llama la torre de Santo Tomás y vulgarmente, puerta de los traidores; porque tiene una estensa mina que comunica con el río, y que era por donde conducian los presos á la Torre y por donde tambien en varias ocasiones se deshicieron de algunos que estaban: se halla bastante bien conservada y puede ofrecerse como muestra de la arquitectura del tiempo de En-

rique III; hoy solo contiene una máquina hidráulica para el servicio de la guarnición.

En los calabozos de esa torre fué donde ejecutaron á la tan hermosa cuanto desgraciada Juana Grey, reina de once días, y cuya sentencia ocasionó buena cantidad de pavor á Isabel, reina después y cautiva entonces también en la Torre (1).

Acabado de decir esto nos guió á los salones donde se guardan las alhajas de la corona, que también llaman torre de los Diamantes. En seguida pasamos al arsenal donde ví el mayor conjunto posible de armas y pertrechos militares; pero de todo lo que mis ojos consideraban con admiración, solo me puso de mal humor, lo que me hizo reparar nuestro conductor.

—He aquí donde están depositados nos dijo los despojos de aquella soberbia y orgullosa flota española que al mando del duque de Medina-Sidonia, en 1588 y por orden de Felipe de quien antes hablamos, quiso conquistar la Inglaterra y hacer valer sus derechos á la corona, á consecuencia de la muerte de María Estuarda y en virtud de lo que prevenía el testamento de aquella reina. Por esto dije á vd., añadió mi guía, que era la torre, ó mas bien el pabellon, que mas curiosidad ofrece para un español.

—Fué tal la rabia que me causó la vista de aquellos marítimos restos, y tan extraño el acento de satisfacción con que me los mostraba el inglés, que después de considerarlos un momento en silencio, exclamé:

—Si, esos son ciertamente los restos de la invencible, pero no conquistados frente á frente y en combate naval. Yo contaré á vd. la historia porque la sé muy bien:

Sobre las costas de Inglaterra ya la escuadra, y esperando solo la llegada del duque su gefe, se incendiaron ocho galeones que conducían 14,000 hombres de desembarco; en este hecho me parece que me hará vd. el favor siquiera de sospechar la influencia de sus compatriotas; apenas recobrados de la catástrofe, comenzó á soplar con fuerza un viento Sud-oeste que desordenó algun poco la flota. El desorden fué en aumento hasta que totalmente la dispersó una furiosa tempestad; y la escuadra inglesa demasiado débil para presentarse en batalla, se aprovechó de aquella confusión y empeñó un combate parcial con algunos de nuestros buques que se defendieron con heroísmo durante un día; pero que no pudieron resistir mas á los vientos que les eran contrarios, que á sus enemigos. Las naves que no tienen vds. ahí, ó que no se perdieron en las aguas, regresaron á España dando la vuelta á Escocia. Y ¿sabe vd. que contestó nuestro grande Felipe II cuando le noticiaron la pérdida de una flota que tantos sacrificios habia costado y cuyo desastre tanto debia trastornar sus futuros planes?

Pues dijo después de escuchar la relacion que le hicieron con la calma é impasibilidad que le era característica:

—«Como ha de ser! yo la armé para vencer á los hombres, no para combatir á los vientos.»

—Mucho parece que afecta á vd. ese recuerdo funesto, pero no dude que si la borrasca no destruye aquella poderosa flota, sus esfuerzos se hubiesen estrellado contra las esquisitas medidas que para guarnecer nues-

tras costas habia tomado nuestra buena reina Isabel.

—Vuestra buena reina! es verdad; los servicios que con su política infernal prestó á la nacion inglesa justifica hasta cierto punto la indulgencia que la guardan por sus debilidades como muger y su despotismo como reina; pero tampoco podrá vd. negarme que nada puede paliar el crimen de la muerte de María Estuarda y sobre todo la perfidia con que preparó el suplicio de esta desventurada princesa, sacrificada mas bien á la venganza de una rival envidiosa de sus gracias y de su hermosura que al provecho de su incomprensible política. Este hecho y otros de la misma naturaleza egerecidos en personajes ilustres, deponen que aun conservaba la hija algun germen hereditario de la ferocidad de su padre Enrique VIII, pudiendo decirse que si alguna vez se mostró como reina grande, fueron mas en las que descubrió sus instintos de muger malvada.

—Con mucha pasión la juzga vd. replicó nuestro guía; la causa de su muerte producida por un error á que le condujo su severidad, prueba que su alma era susceptible de un sentimiento sincero y de un profundo arrepentimiento. A sí misma ella se impuso la pena de una penitencia voluntaria que la condujo al sepulcro, por haber castigado injustamente con el cadalso á su antiguo favorito Essex; de esta manera creyó espiar tanto cuanto le era posible, la sangre de sus víctimas; pero me parece que no es vd. de los que mas simpatías tienen por nuestro país?

—No tal; yo las tengo por todos los países del globo pero antes que todos por el mio. También la Francia dicen que las tiene por nosotros y yo sin embargo...

—Ya, pero vds. los españoles no tienen motivo para quejarse de nosotros.

Todo esto lo íbamos hablando mientras nos retiráramos.

—Efectivamente.

—La España solo debe bendiciones para la Inglaterra, porque siempre nos tendrá de su parte, siempre dispuestos á combatir á su lado.

—Muchas gracias; pero entiendo que será mejor que no necesitemos de su auxilio... ni del de nadie.

Y conociendo que aquel hombre llevaba trazas de engolfarse en la política, apresuré nuestra despedida que fué cordial no obstante nuestros históricos altercados.

Amigo mio; ten paciencia ya que hoy te ha tocado una carta seria, monótona y tan árida como el asunto que en ella me ocupa; otro día te hablaré por ejemplo, de la literatura de este país, aunque profano yo hasta á la del mio; otro de las fiestas, otro de las costumbres populares, religiosas y políticas y en fin te ire hablando cada día de todo aquello que me parezca que puede interesarte. Por hoy basta que hartó me he estendido aunque no me pesa porque presumo te será agradable á tí que eres aficionado á estas cosas. Cuento conque me disimularás el desaliño pues ya sabes que no soy literato y á Dios; Tuyo etc.

He aquí la carta de mi amigo, que sin duda estaba muy lejos de creer cuando la escribió el uso que tendría algun día; pero desgraciadamente ha muerto ya y no temo sus reconvenciones; acaso otro día me dedicaré á extraer algunas de las que le siguieron, por sí con ellas puede entretenerse útil y agradablemente á los lectores del Museo.

J. LEGUEY.

(1) Véase el artículo de *Suplicio de Juana Grey*, inserto en el número 4.º del Museo correspondiente al mes de Abril del corriente año.

GLORIAS DE ESPAÑA.



Prision de Boabdil.

I.

En una de aquellas magníficas y voluptuosas salas de la Alhambra de Granada, donde se ostentan con profusión los ricos esmaltes de oro y azul sobre techumbres de cedro y paredes de mármoles y azulejos, se hallaba el rey Boabdil, acompañado de Morayma su esposa ó su esclava favorita. Sentado el monarca sobre blandos cojines de terciopelo, acariciaba blandamente la destrenzada cabellera, aun húmeda del baño, de su joven esposa, mientras que ésta sentada en la alfombra que cubría el blanco mármol del pavimento y medio reclinada en los almohadones que sostenían al monarca, le miraba con ojos apasionados. Había una gran diferencia entre aquellas dos almas: Morayma satisfecha por haber fijado el inconsecuente carácter del rey, haciéndole amar la soledad y preferir su compañía al esplendor del trono, le amaba con todas sus facultades y con la exal-

tada ternura de una mujer apasionada y agradecida; al paso que Boabdil, aunque satisfecho por su elección, todavía estaba pronto á sacrificarla por otra nueva belleza que consiguiese deslumbrarle. Entregado á su habitual indolencia, ya miraba á Morayma complacido, ya fijaba su vista en el bullicioso surtidor de agua fresca y cristalina que saltaba en medio de un pilon engastado en el suelo, ó ya en fin sus miradas se perdían en la vasta campiña que se divisaba al través de los jazmines que entapizaban las columnillas de las ventanas. Boabdil entonces á principios de su reinado, gozaba todas las delicias de una felicidad doméstica y una opulencia nuevas para él; pero embriagado con su dicha no atendía á la tempestad que rugía á lo lejos y olvidaba que podían también precipitarle del trono las mismas causas que habían precipitado á su padre Muley-Hassem. Al advenimiento de Boabdil al trono, el pueblo le aclamó con entusiasmo, porque cansado de las sangrientas y desgraciadas incursiones del viejo rey en tierra de cristianos, Boabdil era al parecer quien había de restituir á sus armas el antiguo esplendor; mas cuando aquel pueblo burlado en sus mas lisongeras esperanzas,

fué testigo de la inacción del joven monarca empezó sordamente á manifestar su descontento. Luego que las recientes victorias de los reyes católicos acabaron de exasperar los ánimos, el descontento estalló al fin en tumulto y el pueblo llevó sus quejas, vociferaciones é insultos hasta las mismas puertas del palacio, alterando el sosiego del monarca. Entonces fué cuando Boabdil, sorprendido y alarmado con tan confusa gritería, se levantó para inquirir la causa; pero se lo estorbó la consternada Morayma que abrazada á sus rodillas le retenía, hallando no sé qué de siniestro en aquellas repetidas y descompuestas voces. En tal situación apareció en la puerta de la estancia, la varonil sultana Aixa la horra; la altanera madre de Boabdil y permaneció en silencio contemplando á su hijo con cierta sonrisa de desprecio. Boabdil fué quien habló el primero.

—¿Señora, sabéis vos la causa de esas voces?

—Demasiado lo sé por desgracia, contestó Aixa; esas voces son las de tu pueblo: ese pueblo que no hace mucho tiempo me ayudó á colocarte en el trono y que tal vez está ya arrepentido de su obra.

—No me admira su inconstancia. ¿Mas que pretexto alegan para ello?

—¿Y tú me lo preguntas? pregúntaselo mas bien á esa inacción en que vives, á ese olvido de tus mas santos deberes. El pueblo de Granada no quiere un rey que se adormece en los placeres mientras la patria peligra, y tiene ocioso su alfange cuando las lanzas enemigas brillan en la vega. Si ha llegado lleno de sentimiento hasta las puertas del palacio, es porque pide con justicia, que su rey se ponga á su cabeza para conducirlo á los combates.

—Si es eso lo que desea mi pueblo, tranquilizáos señora, yo llenaré sus deseos. Aun le haré ver que sé presentarme en un campo de batalla y que soy digno de llevar el cetro de mis antepasados.

—Y qué, exclamó Morayma ¿no recelais ponerlos al frente de esa turba de esclavos y de esos orgullosos magnates que mas de una vez se rebelaron contra sus reyes?

Estas palabras empezaban á hacer su efecto en el ánimo débil del monarca, cuando Aixa exclamó llena de cólera.

—¿Es digno de la esposa de Boabdil, extinguir el entusiasmo y contrariar la noble energía de su amante?

—Pero y si una lanza enemiga traspasase su corazón? replicó tímidamente Morayma.

—Moriría como rey, contestó Aixa.

—Teneis razon, madre mia, dijo Boabdil. Mañana al romper el alba todas las tropas de Granada, unidas á la brillante caballería de Aliatar, alcaide de Loja, partirán contra los cristianos y Boabdil es el que irá á su frente. Que mi pueblo sepa esta noticia.

Salió Boabdil á dar sus órdenes y anunciar estas nuevas á la plebe, que inconstante de suyo, cambió su enojo en vivas y aplausos retirándose á los gritos de:

—Viva nuestro rey Boabdil: guerra á los cristianos: muerte á los enemigos del Profeta!

Al siguiente día desfilaban por Vivarrambra las lucidas tribus moriscas con sus armas, divisas y colores. Boabdil que las pasaba revista parecia digno del puesto que ocupaba y era objeto de las miradas de todos sus vasallos; pero no en vano los astrólogos le habian impuesto el título del *malaventurado*. Al mismo tiempo de salir de Granada el soberbio caballo que montaba se resistió á caminar y encabritándose furioso hizo pedazos la lanza de su señor contra la bóveda de la puerta. Este acontecimiento fué de mal agüero para el supersticioso pueblo y aun produjo cierto abatimiento en el mismo Boabdil. Tampoco se ocultó á su madre y esposa, que seguidas de su comitiva, habian subido á una alta torre para verle partir. La desconsolada Morayma, temerosa

de mayores males, prorrumpió en amargo llanto dejando caer el rostro sobre las manos.

—No llores, hija de Aliatar, exclamó Aixa colérica, que así es como se conquistan y se sostienen los tronos.

II.

Seria poco mas de la media noche del 20 de abril del año de 1483, cuando el centinela de la alta torre del homenaje del castillo de Baena, se paseaba con su arma al brazo, cantando á media voz uno de los romances mas populares de la época. La noche estaba obscura y lluviosa y al dirigir sus miradas el vigilante centinela á la vasta campiña que desde allí podia descubrirse, no alcanzaba á percibir los hondos valles ni las remotas colinas que envolvian las sombras de la noche; pero distinguió otra cosa que llamó en extremo su atencion. Vió brillar impensadamente una llama en el remoto horizonte, la que fué aumentándose por grados con rogizo resplandor. No podia darse cuenta por la obscuridad, si aquello era un meteoro luminoso suspendido en los aires ó alguna hoguera agarrada á la cúspide de alguna montaña; pero de todos modos le pareció una cosa sobrenatural y antes de dar la señal de alarma en el castillo, tomó el partido de despertar á uno de los camaradas que dormitaban allí tendidos sobre la plataforma de la torre. Dióle blandamente con el cuento de la lanza y levantándose el otro refunfuñando, fué restregándose los ojos hacia el parapeto que circundaba la torre, para contemplar aquel fenómeno. La misma señal se iba ya repitiendo de montaña en montaña y las hogueras se divisaban claramente hasta en los mismos cerros que hay entre Baena y Lucena.

—Que me maten, exclamó el soldado, si los moros no han entrado por la frontera y no van á jugarlos alguna buena pasada!

—Y que hemos de hacer? preguntó el otro mas novel.

—Ahora verás tú lo que hay que hacer: ¡Buena es la que se vá á armar!

Y sin mas razones fuese adonde estaba la campana de la vela, y asiendo el cordel con entrambas manos dió tan fuertes meneos que en un momento pusieron en conmocion todo el castillo. Felizmente se hallaba entonces en él, don Diego de Córdova, conde de Cabra, tan prudente y experimentado en el consejo, como impávido é impetuoso en los combates. Este fué uno de los primeros que acudieron á saber la causa de aquel rumor y subiéndolo á las almenas, así que fijó su vista en la campiña dijo:

—No hay duda; los moros han pasado la frontera y van á caer sobre alguna de nuestras plazas. ¡Ea, sus, pronto á las armas! Que todos cuantos hay en el castillo se preparen al combate, y que nuestros buenos vecinos de Baena y de Cabra se dispongan á ayudarnos en esta empresa.

Grande agitacion empezó á reinar en el castillo. Por todas partes se veian cruzar luces y hombres cuyos precipitados pasos resonaban en las galerías. Unos ensillaban los caballos, otros preparaban las armas, y otros en fin, por mandado del conde, iban á poner en movimiento á son de trompeta á los vecinos de las dos villas. Acostumbrados á los golpes de mano de la frontera enemiga, pasaron el resto de la noche haciendo sus preparativos sin sorpresa, y al romper el día vinieron á reunirse á las gentes del conde formadas ya en la plaza de armas del castillo. Componian entre todos sobre mil hombres de infantería y doscientos cincuenta ginetes, todos bravos y aguerridos, á la mayor parte de los cuales conocia el conde personalmente, bastando una pala-

bra suya para escitarlos al combate. Revistaba el conde su animosa hueste, cuando llegó á todo escape un mensajero de Lucena, y sin mas dilacion le dijo delante de los capitanes:

—Señor, Lucena se halla cercada en este momento por un fuerte ejército de moros mandado por el mismo rey Boabdil el Chico. Vuestro sobrino don Diego Hernandez de Córdoba me envia á decirlos, que con los escasos cuatrocientos hombres que tiene de guarnicion no podrá resistir un ataque sério, si vos no le socorreis prontamente.

—Allá vamos,—dijo el conde por toda respuesta, y dando la señal de la partida, toda la tropa marchó en buen orden y con la posible diligencia hasta entrar en Lucena, donde fué recibida con extraordinario júbilo; particularmente del señor de la villa que corrió á los brazos de su tio.

Habíase á la sazón retirado los moros de las inmediaciones de la plaza, renunciando al parecer á su ataque, ya para asolar toda la campiña de las cercanías, ya mas bien para observar las tropas que supieron venían á socorrerla. El señor de Lucena viendo asegurada la villa con la entrada de las tropas, daba por terminada la expedicion, manteniéndose á la defensiva, para en caso necesario hacer una honrosa resistencia; pero su impetuoso tio no era del mismo dictamen, queriendo salir al instante en busca de los enemigos.

—Salí de Baena, dijo, con intento de combatir y por Dios que no he de perder tan buena ocasion. Si es cierto que ese rey de Granada se digna visitar nuestro pais, ya veis, sobrino que es preciso hacerle un recibimiento digno de él.

—¿No sería mejor para asegurar el golpe, esperar la llegada de los refuerzos que me han prometido y que pueden venir de un momento á otro?

—Y que entretanto esos malditos paganos se nos escapen con el copioso botín que han hecho? Eso no: estoy resuelto á combatir.

—Esperad siquiera dos horas.

—Esperadlas vos si quereis.

Así replicó el conde con aire enojado, volviendo la espalda á su sobrino, que picado algun tanto y no menos valiente que su tio, le siguió con todos los suyos al combate.

III.

Marchaban tio y sobrino iguales en el nombre y el valor; aunque desiguales en edad y categoría, á la cabeza de sus tropas reunidas para combatir á la morisma, cuando uno de los exploradores de la vanguardia volvió á galope y habló algunas palabras al conde de Cabra. Mandó al instante hacer alto á la division y picando su caballo subió á un repecho que ocultaba por el frente la vista de la campiña. Desde aquella altura pudo contemplar á toda su satisfaccion el ejército enemigo retirándose en buen orden con el inmenso botín y los prisioneros que habian recogido. Ofrecia aquel campo una estraña mezcla de elegantes moros de Granada y toscos montañeses de la Alpujarra, los opulentos cortesanos de Boabdil y los tostados habitantes del Africa que no habian traido mas que su caballo y sus armas. Por entre las filas de apiñados turbantes y blancos albornozes, vió cruzar una lucida cabalgata, notable por la brillantez de sus armas y equipages. Ya no le quedaba duda de que allí estaba el mismo rey Boabdil el Chico. Distinguió en su caballo blanco con pomposos arneses, en la numerosa escolta que le seguia y en el estandarte del profeta que iba ondeando sobre las puntas de las lanzas. Brillaron de entusiasmo los ojos del conde con tal espectáculo é hizo avanzar sus tropas dando sus disposiciones para la lid que fué al instante aceptada

por los enemigos. Las tropas cristianas se desplegaron en batalla en las crestas de las colinas, de modo que apareciesen mas considerables de lo que efectivamente eran, pues á decir verdad, los animosos señores de Cabra y de Lucena, para triunfar en tan desigual combate mas contaban con el auxilio del cielo y su propia intrepidez, que con las escasas fuerzas que conducian. Lograron el efecto de su estratagemas, porque como cada pequeño destacamento de los suyos llevaba en primera fila la insignia de su pueblo natal, Boabdil al ver tantos estandartes se creyó que todas las ciudades de Andalucía venían á caer sobre él, y por lo mismo andaba muy solícito recorriendo y arengando á sus tropas que respondían con estrepitosas aclamaciones.

Los musulmanes fueron los primeros á presentar el combate poniéndose á tiro de flecha de nuestras tropas; pero estas sin esperar á que los enemigos continuasen sus descargas, bajaron sobre ellos desde la colina, con brio y animadas por la voz de los gefes. El choque fué terrible, logrando romper y desbaratar las filas de los moros, y la accion se hubiera decidido desde esta primera arremetida á no hallarse allí el rey Boabdil, que rodeado de los gefes de mas valor y nombradía y al frente de un lucido escuadron de caballos acudió á reanimar á los suyos y contrarrestar á los vencedores. Combatiendo los moros á vista de su rey y picados á competencia los campeones de los diferentes pueblos cristianos que habian acudido al ejército, enardecidos unos á vista de nuevos obstáculos y peleando otros por defender sus propios hogares, se hicieron por una y otra parte prodigios de valor. En cortos instantes que duró esta refriega, cubrióse el campo de muertos y heridos, entre los que se contaban algunos de los principales adalides. Boabdil y los suyos confiados en la ventaja del número rechazaban con denuedo el ataque de los cristianos, cuyas filas iban disminuyendo visiblemente y hubieran llevado tal vez lo peor de la batalla, sino hubiesen empezado á sonar detras del vecino bosque las trompetas de las tropas que venían de refuerzo y los hombres armados á presentarse por las quebradas del terreno. Habíase esparcido ya por todas las ciudades de Andalucía la noticia de la entrada de los moros, y el valiente don Alonso de Aguilar, venia á buscarlos con la gente de Antequera. Parecia aquella una reserva suscitada por la Providencia al ejército de los cristianos, cuya escasa fuerza no hubiera sido prudente desmembrar para prepararla. Con tan inopinado refuerzo mudó el aspecto del combate y los moros fatigados creyendo que el mundo entero iba á venir sobre ellos empezaron á retroceder. El fogoso Aliatar no pudiendo contenerlos, dirigia en buen orden la retirada, haciendo que de vez en cuando volviesen caras, para detener á los cristianos, que los seguian ansiosos de venganza y dando por suya la victoria.

Al llegar á los vados del Genil, donde las lluvias habian ocasionado la crecida de las aguas, el desorden fué completo. La caballería pensó en ponerse en salvo, dejando la infanteria abandonada por los barrancos y espuesta á los enemigos. El mismo Boabdil viéndose separado de su escolta, se arrojó del caballo cuyo color y brillantes arneses iban á descubrirle, y sin saber donde iba procuró ocultarse entre los matorrales de la orilla del rio.

—¡Salvadle! Salvad al rey! gritaba enérgicamente Aliatar á los pocos guerreros que conservaba á su lado; pero ya era tarde: Boabdil se hallaba acometido por varios soldados cristianos de los que hacia ademan de defenderse, hasta que viendo llegar á don Diego Hernandez recobró por un momento su imperiosa magestad y levantando su cimitarra para entregársela exclamó:

—¡Atrás, esclavos! A este jóven caballero es á quien me rindo.

Tomó don Diego la cimitarra del moro y conociendo su alto rango le trató con toda la cortesía caballeresca, yendo muy gozoso á presentar á su tío tan importante prisionero.

Cuando Aliatar vió perdido á su rey y el ejército en ignominiosa fuga, ciega desesperacion se apoderó de él, y resuelto á no sobrevivir á tal deshonra, partió furioso á arrojarle en medio de los enemigos. En aquel momento se encontró cara á cara con don Alonso de Aguilar. Dió el moro un grito y arrojó su lanza contra don Alonso, que no pudo esquivar tan bien el golpe que no le levantara algunas escamas de su acerado peto. En seguida los dos campeones se precipitaron uno sobre otro, sable en mano, trabando una reñida escaramuza, así en la orilla, como dentro del río adonde les arrebataron los caballos. La edad de Aliatar no correspondía al brio de su corazón: la sangre le corría ya de dos heridas y don Alonso compadecido y admirado de su valor le gritó:

—¡Ríndete, anciano!

—¡Nunca me rendiré yo á un perro infiel!

Pronunciaba apenas estas palabras, cuando don Alonso le partió el turbante y la cabeza de un furibundo golpe, cayendo el moro al río y desapareciendo para siempre envuelto entre sus ondas.

Las tropas cristianas volvieron triunfantes, conduciendo multitud de despojos y prisioneros. El conde de Cabra, al subir á su castillo de Baena, iba precedido por veinte y dos banderas cogidas al enemigo y además el rey de Granada, Boabdil el Chico, prisionero y á merced de los soberanos de España. Si estos le dieron libertad, fué por efecto de su política, para que recordando su corona aumentase la division entre los moros, que tan favorable era á las armas católicas, y á pesar de esta aparente gracia, Boabdil y su reino quedaron desde entonces feudatarios de la corona de Castilla.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

ESTUDIOS MORALES.

Pobre Lucía!

De que proviene tu tristeza, mi querida Lucía! Es la ausencia de Madrid y de tu madre lo que así te afecta? En los quince días que hace que tu madre consintió en que vinieras conmigo al campo, residencia habitual de tu buena tía, he sorprendido casi siempre bañados en llanto tus ojos. Dime, hija mía, que te disgusta, tienes alguna pena que te atormenta, ó te fastidia este género de vida apartada y solitaria?

—Fastidiarme! ha podido siquiera imaginarlo vd. tan buena para mí, y tan condescendiente y previsora para satisfacer hasta mis deseos más triviales!

—Bien, prosiguió, la señora Brigida; ya tenemos una causa menos que nos haga dudar; pero si no es eso, entonces me ocults un pesar secreto y yo creo que tu silencio me lo revela.... proviene de la privación de los placeres de la corte?

—Los placeres de Madrid, mi querida tía, son muy reducidos para una familia como la nuestra, de fortuna y nacimiento tan modesto.

—A nada tengo ya á que atribuirlo como no sea á la ausencia de tu madre....

—Mucho la amo.... pero vd. la reemplaza tan esmeradamente....

—Eres, niña, bondadosa y lisongera.

—No, mejor diga vd. sobrina agradecida.

—Ahora, querida mía, no se me alcanza en una joven como tú, mas que un objeto que pueda causarte pesadumbre. Tu has venido aquí para hacerme compañía mientras que en Madrid quizás ha quedado alguien.... he? no es esto?

—Como, tía mía, eso es suponer....

—Yo no supongo nada, sino que me atrevería á jurarlo.

—Ahora me convenzo de que debía á vd. haberlo confesado todo.

—No hubieras hecho mal; pero lo harás ahora.

Lucia acercando tímidamente su silla á la de Brigida, comenzó con acento entrecortado y conmovido á decirle.

—Ya sabe vd. que rara vez la juventud elegante de Madrid penetra por las calles de nuestro humilde y apartado barrio de San Francisco; pero sin embargo mi madre me daba consejos y me precavía contra su seducción, cuando obligada por los negocios de su comercio de confitería, me dejaba sola en la tienda. Casi siempre me despedía diciendome estas palabras: «Desconfía de las galanterías y requiebros que te dirijan los que vengan con pretexto de comprar pastillas ó yemas, porque desgraciadas de las muchachas crédulas que les prestan oídos! Yo siempre prometía no esnehar nada.

—Ah! Lucía, Lucía, ya adivino que no has sido fiel á tu promesa.

—Oh! tía mía no me riña vd., mi madre tenía razón considerándolos en general.... pero siempre también es fuerza que haya alguna escepcion.

—Si, y no hay muchacha que no piense haber tropezado con una.

—Oh! Arabel lo es en efecto.

—Cómo? se llama Arabel?

—Si, el señor Luis Carlos Arabel, de quien al principio desconfiaba; pero que despues se espresó con tanta sinceridad y respetuos ternura!

—Y tanto respeto no le impedía el escoger los momentos que estabas sola?

—Me prometia incesantemente dirigirse á mi madre; pero me decía también que antes era conveniente tuviéramos ocasion de conocernos y de estudiar mutuamente nuestros caracteres en estas furtivas entrevistas. En fin, antes de pedir mi mano queria asegurarse de que yo le amaba.... aunque no sé yo en verdad como queria adquirir esa seguridad.

—Yo si lo sé muy bien, dijo á media voz la señora Brigida; y añadió con alguna inquietud: «Esas entrevistas á lo menos se verificarían en la tienda misma, al mostrador?

—Si, tía mía, y esto le causaba disgusto; porque cuando entraba algun comprador era preciso interrumpir nuestra conversacion; pero pocos dias antes de llegar vd. á Madrid sabiendo que mi madre debía el próximo domingo salir á misa y hacer algunas visitas, me exigió que le recibiese.

—En tu cuarto?

—Oh! no señora; abajo en la trastienda: se trataba, me dijo, de una entrevista decisiva para nuestro porvenir.

—Y esta entrevista?

—No llegó a verificarse; llegó vd. la vispera.

—Ah! respiro, dijo para sí la señora Brigida.

—Debía haber sido el domingo que vd. me trajo aquí.

—Mi buen ángel me guió sin duda y ya conocerás que en esta ocasión fui yo el tuyo.

—Ciertamente, tía mía, que tuve un gusto muy grande en venirme con vd. a pasar algún tiempo; pero me atormenta el sentimiento de no haber advertido á Luis de mi ausencia y de la causa que retrasaba esta importante entrevista; me calificará de poco atenta, ó de algo más quizás, de indiferente; porque como no le he presentado á mi madre y no tiene motivo plausible para informarse de mí, no sabrá donde me halló y esto debe de causarle mucha pena.

—No pases cuidado, tranquilízate, porque no dudes que lo soportará mejor que piensas; y sabes tú donde vive?

—Nunca me lo ha dicho; pero un día sin que lo advirtiese se le cayó del bolsillo del pecho de su levita una tarjeta que tenía escrito: *calle del Príncipe número —* «—

—Calle del Príncipe número — «— yo me acordaré.

—Vais á escribirle que estoy con vos aquí?

—No, precisamente escribirle no; pero el jueves cuando te acompañe á Madrid para restituirte al seno de tu madre, puede que vaya á visitar á tu señor don Luis.

—De veras tía! si, que buena es vd.

—Eh! yo no se si á tí te desagradará despues.

—A mí no, y solo me ocurre si se enfadará por haber confiado á vd. todo, cuando no quería que de nada se enterase nadie, ni mi madre.

—Tranquilízate, mi Lucía, aunque así fuera no se atrevería a quejarse; pero ahora dejemos esta conversacion, el día está muy hermoso y si te parece dame el brazo y bajaremos al pueblo á dar un paseo.

—Bueno; iremos por la plaza de la iglesia.

—Como quieras, así de paso hablaremos al señor cura que me aconsejará acerca de lo que preocupa ahora mi ánimo, mientras que tu te entretienes mirando á las mozas bailar.

—Y en tomar parte en sus danzas, si me dá vd. permiso, y para que no crean que me quiero distinguir de ellas, no me pongo otro vestido ni la manta la tampoco, no me parece que flovera porque no se vé nube alguna.

—Bien, como quieras, pero dame la mia que no es regular á mis años arrojarme por el pueblo con la cabeza desnuda. Bien, ahora, vámonos.

Dejémoslas emprender su expedicion, y mientras tanto en Madrid veremos si el amante de la candida jóven, está tan afligido como supone; mas para esto debemos remontarnos á algunos dias antes de la época de la salida de ella tan oportunamente determinada por su tia.

II.

Don Luis Carlos Arabel, uno de los jóvenes de mas gusto y mas elegantes de la corte, hacía ya algún tiempo que era el adorador que mejor acogida y mas atenciones merecia de la encantadora Engracia de N..... Esta señora reunia á un talento cultivado, que habia producido bellísimas composiciones poeticas que la conquistaron una reputacion literaria, ademas de sus dotes personales y de su hermosura, una considerable fortuna de que era absoluta poseedora, adquirida por la

prematura muerte de un esposo convertido en admirador de aquella musa, y que murió en tal persuacion como tambien en la de que poseia su amor.

Desumbrada por los homenajes que prodigaba Arabel á su belleza, le otorgó Engracia su mano para la época en que terminasen los lutos de su viudez, y acabase igualmente la composicion de una novela que tenia comenzada, porque habia calculado que estas dos épocas coincidirian; pero como Luis la viera, no obstante sus atractivos, mas ocupada de su renombre literario y de su riqueza que de su persona, determinó para hacer mas llevadera la distancia que tenia que salvar hasta su felicidad conyugal, ocuparse aun de algunas amorosas aventuras aunque veladas de oscuridad y misterio, y una de ellas era la que habia empeñado con Lucía, cuya niña inocente calificaba de pasion ardiente y sincera lo que era solo un pasatiempo.

Rica, linda y muy solicitada, era puede decirse hasta cierto punto Engracia, una notabilidad importante, un poder de Madrid en reducida, pero absoluta soberania, y en esta posicion tenia espías á su servicio, es decir á sus expensas, y estaba al corriente de la intriga que mantenía su futuro en el apartado cuartel de San Francisco; del contratiempo que habia experimentado, precisamente cuando habia conseguido una cita tan incautamente convenida, y del abandono de la corte de su bella amada, conducida por una anciana parienta suya.

Si esta infidelidad intencional hubiese tenido por objeto alguna hermosura de las que pasean por el Prado muellamente reclinadas en su carretela, quizás no le perdonara Engracia con tanta facilidad, pero un amor como quien dice en el barrio de la Paloma, ó mas bien un capricho, y cuando sobre todo habia tenido un desenlace tan desventurado, no merecia la pena de arrugar el ceño y mostrarse seria, sino que pensó que el ridiculo satisfaría á su venganza, limitándose por entonces á referir á Arabel su desgraciada intriga, como episodio de la novela que la ocupaba.

Pero añadió la maligna Engracia: yo no sé ahora como proseguir, porque por mas que pienso no atino á que causa atribuir el eclipse de este astro, ó mejor dicho su rápida desaparicion. Quién será ese Mentor que bajo el disfraz de campesina Mineva ha preservado á mi heroína de la seducción? ó bien que otro amante mas diestro y afortunado ha sustraído del paterno mostrador á su amada? que piensa vd. de esto Arabel, quiere vd. darme un consejo?

Esta celosilla venganza no dejó de lisongear secretamente el amor propio de don Luis que no mostró mayor confusion que la que conviene á un jóven de nuestra época, sobre todo cuando la suprema elegancia ha consumado su impasibilidad y aplomo en todas ocasiones y la entera confianza de sí mismo.

—No seré yo ciertamente el que cometa la indiscrecion de aconsejar á persona tan instruida....

—Quería vd. decir tan bien instruida.

—Como vd. guste, pero supuesto que desea saber mi dictámen yo daría en el presente caso un giro particular al desenlace.

—Veamos.

—Yo comenzaria por no cuidarme de esa chiquilla, objeto de un capricho pasajero, para que interviniese un personaje mucho mas interesante, al que el jóven ama con pasion, y el que deberia vengarse noblemente de un instante de error.

—Ah? y cual seria esa noble venganza?

—La inmediata fijacion del día del matrimonio dentro del mas breve término posible.

—Oh! no soy tan vengativa, dijo Engracia sonriendo.

Pero sin embargo, fué tan elocuente el amor de Luis tan apasionado, que acabó por convencerse de que

era este el medio mas á propósito de curar sus ligerezas, y en atencion á ello fijo la siguiente semana para la ceremonia que debia enlazarlos. Esto pasaba dos dias antes de prescribir la cantidad de tiempo que el uso y la costumbre determina para los lutos.

—En seguida añadió; amigo mio me ha dejado vd. la eleccion del dia, y ahora quisiera tambien hacer lo mismo con el sitio en que haya de verificarse. Las gentes de forma acostumbran recibida la bendicion nupcial en la iglesia de eleccion ó de derecho, marcharse al campo ó encerrarse en su casa todo el dia, por evitar las visitas molestas y felicitaciones, que en semejante ocasion, se reducen á satisfacer una curiosidad muchas veces maligna, y á servir de espectáculo á los ociosos: mucho mas nosotros que somos personas tan conocidas; yo quisiera adoptar un medio mas espedito, que concilia todos los est. emos y que me parece mejor que hacerlo secretamente como otros que lo reservan tanto como si fuera un delito el casarse: ademas que la mala intencion de algunas personas las induce á lanzar sus observaciones sobre la actualidad de los desposados y diré mas, hasta sobre la existencia anterior y conducta de las personas.

—De todas maneras no podrian menos de ser para vd. favorables.

Ignoro si Arabel lo pensaba sinceramente, pero en cuanto á la linda viuda quizás tendria sus razones para desconfiar de esta asercion.

—No, contestó ella; su aprobacion seria hasta cierto punto para mí una contrariedad, una especie de profanacion de nuestra felicidad y la creeria mancillada por la parte que en ella pudieran interesarse los indiferentes. Sabe vd. que á pocas leguas de aqui poseo una quinta cerca del pueblo de H..... donde podemos casarnos sin dificultad de ninguna especie, porque el dinero allana todos los inconvenientes; de esta manera se verificará nuestra union sin aparato, sin un millar de testigos, y solo todo lo mas, delante de algunas gentes honradas del campo, cuya benevolencia es segura y sincera para con las personas de superior condicion. No es cierto que nada tiene vd. que oponer á mis deseos?

—Para mí, es una órden un deseo de vd.

—Es muy justo, porque aun no soy esposa.

—Oh! bajo ese aspecto nunca tendrá vd. en mí un marido.

Consiguiente á este convenio se determinó que únicamente saldrian de Madrid los testigos necesarios y una íntima amiga de Engracia, que por aficion á los contrastes tuvo mucho cuidado en escoger de una figura y de un talento poco aventajado.

Todo dispuesto algunos dias despues, segun los deseos de Engracia, para frustrar con su campestre himeneo la curiosidad y la maledicencia de los muchísimos desocupados de Madrid, partió el carruaje de la linda poetisa conduciendo con ella á su futuro, á la posesion que en muy escasas ocasiones habia ocupado para entregarse á sus estudios literarios. Naturalmente fue este el asunto de la conversacion durante el camino y el tiempo empleado en el desayuno que precedió á la ceremonia.

—Sí, decia Engracia, en estos amenos lugares he pasado momentos de soledad en que me creia dichosa con las creaciones á que me lanzaba mi fantasia; pero en adelante añadió con la mas dulce sonrisa, espero que la felicidad no será para mí alma una alagüeña ficcion, sino una realidad seductora. Ahora, amigo mio, como la muger autora nunca vé satisfechos sus deseos, confieso me queda el sentimiento de no haber terminado la novela que con instancia reclama la coleccion de mis obras; mas es fuerza tener paciencia porque las lunas de miel no son las mas productivas para la literatura, ademas de

que su asunto me agrada mucho y quiero tratarlo concienzudamente porque tiene alguna relacion con vd. mismo; tambien porque lo que al principio no era mas que un pasatiempo convirtiéndose despues en objeto digno de una composicion, y puedo asegurar ya sin rodeos, que efectivamente la linda confiterita y su misteriosa desaparicion, han sido los objetos que para escribirla me han inspirado.

—Y puede vd., Engracia, pensar aun?.....

—Oh! nada tema vd., no es esto una reconvencion; ademas de que no he concedido indulto pleno al delincuente?... No, yo me he entretenido con este tema como con otro cualquiera imaginario; pero me falta un desenlace rápido y natural, para lo que yo desearia que apareciese la jóven por algun accidente dramático, teatral.

—Es posible querida mia se ocupe vd. de cosas semejantes, cuando nuestra mútua felicidad debia absorber todos nuestros pensamientos?

—Es cierto, tiene vd. razon Luis; estos momentos debemos consagrarlos con abstraccion de todo, á nosotros mismos, sin que nos importe que digan: *ese es el egoismo pareado*; pero me parece que siento un coque, serán los testigos, vamos á su encuentro y nos iremos de seguida á la iglesia.

Salieron efectivamente, pero no sin que Engracia echára una mirada á su espejo para asegurarse de que el viaje no habia causado la mejor alteracion en su apos-tura de boda, no obstante que no tenia que temer el examen escrutador de los elegantes y reguladores de la moda; con satisfaccion vió que su traje conservaba toda su graciosa elegancia y que las plumas de su sombrero ondulaban maravillosamente. Luis habia adoptado para la ceremonia un traje de mañana sencillo y de buen gusto, que le pareció en consonancia con el local de la solemnidad.

III.

Mientras estaban en la iglesia, llegaban delante del modesto templo situado en una gran plaza decorada de árboles corpulentos, dos personas de quien hemos hecho mencion al principio de esta verdadera historia.

—Tia, hoy me parece que veo en este sitio mas gente que de costumbre.

—Tambien me lo parece á mí, para ser dia de labor, añadió la señora Brígida.

Ambas dirigieron á un tiempo la vista hácia la iglesia. —Será continuó la tia, algun bautizo ó boda lo que así llame la atencion.

—Una boda! debe eso de ser muy agradable, quiere vd. tia que entremos?

—Y te parece bien entrar así en la iglesia, si vinieras convenientemente vestida....

—Ah! cuanto lo siento! yo quisiera verlo porque debe la novia estar muy hermosa: dicen que la felicidad embellece.

—Y suspiras pensando en su felicidad?

—No es porque la tenga envidia, sino que yo me digo: Ya llegará un dia en que Luis y yo.....

—Pobre Lucia! dijo la señora Brígida suspirando tambien, y si no llegase ese dia?

—Oh! a nia, m. riria de pena!

—No digas eso niña, y tu madre y tu buena tia?

—Si es verdad, es una locura hablar así; porque como es posible que suceda tal cosa?... Habia Luis de enganar á una pobre muchacha dándole una esperanza mentida? Cuanto siento que se haya frustrado la entrevista que debiamos tener y en la que dijo se fijaria nuestro porvenir.... Yo estoy persuadida de que ahora estaria mas tranquila.

—Eres una inocente! exclamó la señora Brígida con una sonrisa que trató de disimular.

En seguida para distraerse de sus ideas se dirigió á un jóven aldeano que en el traje ordinario de su ocupacion, parecia en defecto de otra tarea, esperar como los demas á que saliesen los que se hallaban dentro de la iglesia.

—Que es eso Tomás? preguntó la señora Brígida.

—Dicen que una boda, pero una boda de señores.

—Y quienes son?

—Nadie conoce al novio ni se le ha visto nunca por aqui, pero ella es una señora que se llama.... es una que tiene la posesion de esa gran quinta que está orilla del camino y se llama, se llama la señora....

—Si, la señora Engracia de N....

—Eso es, es una que dicen la leen mucho en Madrid, pero como yo no sé leer.

—Si, la citan como una de las mas elegantes señoras y notables poetisas.

—Yo no diré si es de esas elegantes y poetisas; pero me han dicho que viene muy lechuguinamente vestida, que está muy bonita y yo he venido para verla.

—Mira ya que hemos llegado aquí, dijo la tía á la sobrina, aguardaremos para verlos salir. Vamos junto á las gradas y de esa manera cuando salgan los veremos mas á gusto.

Efectivamente una aldeana fué la primera que con una niña de la mano salió de la iglesia anunciando que se habia acabado la ceremonia, y se quedó tambien junto á las gradas para considerarlos á su salida. Las miradas de todos se dirigian al vestibulo de la iglesia asi

como las de Lucía, que no era la que menos tributo tenia que pagar á su curiosidad.

De repente apareció la dichosa pareja y Lucía no se atrevia á dar crédito á sus ojos, apenas podia persuadirse de la profundidad de su desventura, y volviendo la vista hácia su tia con doloroso asombro, é inclinada su cabeza por el peso de su pena y lo terrible é inesperado del golpe, exclamó.

—Es posible! Luis!

Escuchadas estas palabras por Engracia no necesitó de mas aclaraciones y como muger autora antes que todo, exclamó: *He aquí el desenlace de mi novela*. Y al mismo tiempo echó sobre la pobre niña una mirada compasiva y desdeñosa. Luis poseido de una emocion involuntaria miró á la desventurada Lucía con aparente indiferencia y la multitud atenta solo á considerar los brillantes vestidos de los novios, no se cuidó de que allí mismo tambien podia contemplar un culpable y una victima.

Un mes despues otra ceremonia de un género muy opuesto escitaba tambien la curiosidad de los aldeanos; en lugar de rosas blancas miraban paños fúnebres, en vez de dos recién desposados, un féretro! Una alma inocente y cándida habia sucumbido bajo la perfidia de un golpe que no podia comprender y todos los habitantes de H.... exclamaban.

—Pobre Lucía!

Yo tambien añadiría aqui:

No hay humana felicidad sin lágrimas, no hay dichas sin desventuras.

L. DE JUAN



ESTUDIOS DE AGRICULTURA.

EL CAFÉ.

Amantes entusiastas de la agricultura y con especialidad del ramo de arbolados, vamos á dejar correr hoy la pluma en la descripción del precioso y exótico arbusto que produce el café: de este abundante manantial de riqueza para la Arabia feliz, las Indias, las colonias, y otros países de Europa donde se cultiva tan estimada planta.

Colocada en un terreno conveniente, suele crecer de seis á ocho pies de elevación, su tronco es recto, muy ramoso, cubierto de espesa hojarasca, produce una flor blanca de suave aroma muy semejante á la del jazmín, que aunque de poca duración, se renueva sin cesar por espacio de seis meses. El contraste formado por la blancura de nieve de su flor, con el brillante verde de sus hojas y el color rojizo de las vainas depositarias del fruto, es de los más vistosos que pueden ofrecerse á los ojos del arbolista. Es originario de la Etiopía, ama los climas cálidos, y es sin duda la razón por la que no se ha propagado en España. Pero seguramente carece de fundamento cuando la vecina Francia ha conseguido introducirlo en algunos parages de su territorio. ¿Porqué, pues, nosotros no hemos de poner los medios para adquirir tan preciosa planta probando á naturalizarla en las provincias meridionales de Valencia, Murcia y Andalucía? ¿porqué no hemos de hacer repetidos ensayos con el fin de ver si llegamos á poseer un vegetal cuyo fruto es de tanto valor? porqué, ya que imposible fuera el conseguir que diese fruto, no hemos de gozar al menos en los jardines y paseos públicos de la vista y el dulcísimo aroma de sus flores? Mil plantas se cultivan esmeradamente bajo costosos invernáculos que ningún mérito tienen, que de ningún modo pueden compararse con el gracioso y elegante cafetero.

Para vegetar con lozanía necesita disfrutar de un terreno sustancioso, al mismo tiempo que suelto; la proporción de la arcilla con respecto á la sílice, debe ser de dos á tres. Convienele la esposición de levante, agradece la humedad, se le debe regar con frecuencia en verano, y sobre todo rociar sus hojas en la fuerza escésiva del calor para evitar la demasiada evaporación de sávia que tanto le perjudica. Quiere repetidas labores, estar siempre limpio de yerbas extrañas y hallarse colocado al abrigo de los fuertes vientos, enemigos mortales de su crecimiento y de su fructificación. El ser este arbusto de raíces cortas y de poca consistencia suele dar motivo á que en algunos países no se le deje crecer mas que hasta la altura de tres ó cuatro pies. En esto también se lleva el doble objeto de criarlo chapparro, menos espuesto á los azares de las ventiscas y mas cómodo para la recolección de su fruto, lo cual se consigue fácilmente cortándole la guía á cierta elevación. Suprimida esta, es claro que la sávia detenida ha de retroceder multiplicando las ramas laterales y haciéndolas mas fructíferas. El no ser muy difícil su introducción en algunas provincias de España segun dejamos indicado, pues si bien es cierto que trae su origen de países cálidos también lo es que vegeta en terrenos montañosos, espuestos á los frios y cubiertos á veces de nieve una gran parte del año, debería ser un estímulo para

que lo prohibiesen nuestros agrónomos en sus tierras, los aficionados en sus jardines, y los arbolistas en los terrenos confiados á su dirección. Además de las mencionadas ventajas, todavía ofrece alguna otra de consideración. Entre otras tiene la de poderse conseguir su completo desarrollo en macetas. En nuestra opinión así es como debería comenzarse á introducir en España esta planta á fin de poderla mudar de sitio siempre que las estaciones lo exigiesen, acostumbrarla por grados lentos á la mudanza de clima y dar el primer paso en su aclimatación, por decirlo así.

Tres son las principales especies de cafeteros, conocidos Europa cuyos frutos son admitidos en el comercio mercantil. Pero el mas estimado entre todos tres es el llamado de Moka, propio de la Arabia feliz. Este se distingue generalmente por su grano redondo y pequeño: las otras dos especies son menos apreciadas, de tamaño mas crecido, de color verde el uno y amarillo el otro.

Diferentes son las maneras de plantar este arbusto en los países donde se cultiva; pero se tiene por mas entendido el de ponerlo á filas en los paseos, contra el abrigo de las tapias, ó en las orillas de los riegos. También pueden formarse con él graciosos bosquetes, los cuales deben ser de un efecto sorprendente.

Conocidos son á nuestros lectores las virtudes de la grata bebida del café, cuyo licor además de aumentar las fuerzas del estómago y contribuir á la digestión, recrea el paladar, despierta el ingenio, dicta á la pluma los mas sublimes pensamientos y transporta la imaginación á un mundo ideal lleno de poesía, de celestes ilusiones. Beber el café, segun la espresion de un sábio, es lo mismo que *beber un rayo solar*, es lo mismo que *dar al alma una existencia real, que trocar un mundo de dolor por una eternidad de felicidades*. En los países donde sus habitantes carecen de esta preciosa bebida, de este verdadero ambrosia de los dioses, han hecho los mayores esfuerzos para sustituirla con otras algun tanto parecidas, que produjeran efectos semejantes; pero todas sus tentativas han sido infructuosas. Ni la raíz de la chicorea silvestre, escorzonera, la pulpa de la beterraba, el fruto del escaramujo, el grano del maíz, la cebada ni el zumo de otras muchas plantas, tanto leguminosas como fibrosas, han producido un líquido comparable con el que da la hawa del cafetero; ninguno ha presentado su delicado aroma, la escitante y deliciosa sensación que embota la melancolía, corta el hilo de las enojosas cavilaciones y reanima las almas agoviadas con el peso de los padecimientos.

Todavía no se ha podido saber á punto fijo de donde trae su origen esta sabrosa bebida, pues aunque muchos hay que pretenden fijarlo, cada uno lo hace por distinto camino. La misma discordancia de opiniones nos prueban bastante el que nadie lo sabe, que todos lo ignoran. Sin embargo, de nuestro deber es el contentar á nuestros suscritores su natural curiosidad, el referirles las noticias que en boca de la tradición, ó en letras de molde corren. Dicese, pues, entre otras cosas, que el gefe de un convento de religiosos establecido en la Arabia queriendo despertar á sus monges del profundo sueño á que se entregaban durante la noche, con el objeto sin duda de que empleando mejor sus horas las pasáran en santa oración, discurrió el hacerles tomar la infusión de las havas del café por haber observado el desvelo que le solia producir siempre que las comia. También se cuenta

que un turco fué el primero que advirtió el insomnio producido por el zumo del café, el cual acostumbraba á mascar y chupar despues su esencia. Este mismo hijo de Mahoma parece haber recomendado su uso con grande énfasis á sus compañeros los fanáticos musulmanes, el que llegó con el tiempo á ser prohibido por las severas leyes del país y la austeridad de su religion. A esta proscripción atribuyen otros el haberse estendido tanto esta bebida, pues de Oriente la hacen pasar á Europa, habiéndose introducido en Francia el año de 1652, en cuya época medio kilógramo de simiente tostada valia mas de cuatrocientos reales de vellón.

En algunos países suelen sacar de la pulpa un licor espirituoso, muy parecido al rom y apreciable por el aroma que recuerda con placer su origen. Los habitantes de algunos cantones de Africa emplean el café como alimento en sus correrías y expediciones militares. Dejan grillar los granos primeramente, los pulverizan despues, y mezclan por último este polvo con grasa, lo cual se asegura que dá á esta especie de pasta una consistencia muy apreciable. Un pequeño pedazo de ella les basta para mantenerlos una porcion de dias en sus trabajos y caminatas. De la calidad nutritiva del café son buenos testigos los soldados españoles que hicieron parte de la memorable expedicion levantada contra Egipto en 1799, pues siempre que la fatiga era excesiva y tenian precision de penetrar en sus abrasados desiertos, preferian á su racion de galleta una porcion de café tostado, reducido á polvo algunas veces, y otras sin deshacer creyendo que así los alimentaba mas tiempo.

Los europeos lo consumen generalmente tostado los granos del café, moliéndolos despues y entregándo-

los en seguida á la cafetera, donde por medio del agua hirviendo se obtiene la bebida que todos conocemos y de que tan extraordinario consumo se hace en el dia en nuestro país. Este método, sin embargo, aunque mas usado, no por eso es el mejor. Debe tenerse entendido que por medio de esta operacion ó herbor, se efectua una evaporacion funesta que hace perder al café una parte no pequeña de sus aceites ó esencias primitivas. El verdadero modo de tomar el café sin despojarlo de parte alguna de su virtud, es el de hacerlo con agua fria por medio de una sencilla y lenta filtracion. Obtenido así este licor puede embotellarse muy bien, y conservarse largos años, sin que por esto pierda su mérito; al contrario, puede asegurarse que cuanto mas tiempo se guarde de la manera indicada, mas esquisito se encontrará cuando quiera emplearse.

Antes de soltar la pluma debemos hacer una pequeña advertencia á nuestros lectores. Esta se reduce á manifestarles lo muy perjudicial que es á la salud el mezclar el café con leche, con chocolate, con manteca ó cualquiera otra materia sustanciosa. Todo buen sistema de higiene prohíbe estas fatales mezclas, sobre todo despues de comer, pues adulterando sus buenos efectos, los ocasiona muy funestos á los temperamentos delicados, dá origen á dolores de cabeza, á falta de orden en las funciones del estómago, á indigestiones y á otras infinitas incomodidades que afligen á la humanidad doliente.

JOSÉ DE GAMA.

Catedrático de agricultura de la real sociedad Aragonesa.

ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

COMACCHIO Y SUS ANGUILAS.

Ariosto dice de los habitantes de Comacchio.

.....Gente desiosa
Che il mar si turbi è sieno i venti atroci.

«Pueblo deseoso de ver agitada la mar y desencadenados los vientos.»

Pues señor ¿que gentes son estas, que raza de marinos aventureros, de piratas atrevidos ó de bárbaros insulares espiando impacientes por disputarse los despojos de los buques que las tempestades arroja sobre las costas? Nada de todo esto seguramente; la perifrasis de Ariosto no contiene un sentido tan terrible; puede cualquier viajero y hombre pacífico penetrar sin temor en Comacchio donde las costumbres son humanas y apacibles, los habitantes casi todos pescadores y tratantes de anguillas, que no desean las tempestades mas que en cierta época del año que favorece su industria.

Comacchio es un pueblecillo de los estados Pontificios, situado á legua y media del Adriático y á doce de Ferrara, en medio de una laguna aislada de la mar por una estrecha faja de tierra que atraviesa un canal. Esta laguna puede considerarse como un grande estanque del que los habitantes de Comacchio extraen una cantidad increíble de anguillas.

Segun sus tamaños las clasifican dándoles diferentes

TOMO II.

nombres, y de todos los artificios de que se valen para cogerlas, el mas comun é ingenioso, es una especie de laberinto construido con mimbres en medio del agua.

Está sembrada la laguna de un considerable número de isletas, en cada una de las que hay un *lavoriero*, que así llaman á sus artificiosos lazos. Tienen tambien inmediato dos cabañas, la una para habitarla y la otra que le sirve para guardar sus utensilios de pesca.

Comienzan en el mes de agosto á construir el *lavoriero*, para el otoño que es cuando las anguillas vienen á enredarse en las emboscadas que les preparan. En esta estacion cuando son muy oscuras las noches y la mar esta agitada, se precipitan las olas en la laguna por el canal, arrastrando consigo las anguillas que se atropellan apiñándose entre los islotes, como un ejército derrotado y en dispersion, teniendo por necesidad que arrojar en las pérdidas fortificaciones que vigilan los pescadores. Apuntar los secretos artificios de esta nasa complicada, seria una empresa mas ingrata y seguramente menos amena que la descripcion del encantado palacio de Armida, que pretende un poeta de Comacchio sirvió de modelo para la construccion de aquellas; pero bastará decir que los lazos traidores y movibles ceden y se entreabren á la menor presion de la anguila para dejarla entrar, cerrándose detras con el peso mismo del agua; de suerte que no puede salir y queda prisionera. Tambien las tienen dispuestas de manera que agitándose para buscar una salida por donde huir, se clasifican segun su tamaño, y se dividen ellas mismas por decirlo así, en los diversos senos preparados.

Ya fuera del agua, con ayuda de unos cestillos redondos hechos de mimbres, conducen las anguilas al pueblo, donde sin demora alguna ponen manos a la obra para salarlas ó escabecharlas.

Yo tuve el gusto de paso en Comacchio para Ferrara, de visitar las oficinas para la preparacion del pescado y ofrecia un cuadro tan fielmente reproducido en nuestro grabado, que nada deja que desear del original. Como un sacrificador antiguo, el *tagliatore*, armado de una hacha que llama *mannarino*, divide las anguilas en trozos que deposita en una vasija que tiene al lado llena de agua. Otro personaje, el *hinspiatore*, los retira ensartandolos en una varilla de hierro con una ligereza que apenas alcanza la imaginacion á comprender; generalmente dispone los troncos cruzados unos sobre otros, y los lleva en seguida al fuego de la chimenea colocándolos como se vé en la lámina. Una muchacha, bella como todas las italianas, á riesgo de experimentar ella misma el suplicio que sufren las anguilas, da vueltas sin cesar y con la misma ligereza que el *hinspiatore*, á las varillas en que están ensartadas. A esta niña que era la mejor pesca que allí se podia encontrar, la pedí fuego para encender un cigarro, y la pregunté su nombre; contestándome con graciosa coqueteria que todos la llama-

maban: *la donna de fogara*, nombre elegante que debia al oficio que desempeñaba.

Cuando las anguilas se han desecado lo conveniente las trasportan á una gamella destinada á recibir el aceite: otra jóven preside á este último trabajo y toma de uno de los detalles de su empleo, el nombre *ragazza da paniere*; pero todo lo que hace no es otra cosa que una preparacion para escabecharlas.

Para que el cuadro fuera completo, tendríamos que conducir al lector á otro departamento, donde veria á la *mozzina*, armada de unas grandes tijeras y cortando la parte de espina que ha quedado desnuda, por efecto de la contraccion de la carne mientras estuvo al fuego, en tanto que otra jóven tambien, llamada la *imbarilatrice*, coloca con el mayor cuidado los troncos en capas regulares que deposita en barriles que abandona despues al cuidado de otro individuo, encargado de derramar en él el vinagre salado, que tambien se llama vinagre negro. Basta ya de pesca porque creemos haber fatigado demasiado la imaginacion del lector con estos detalles culinarios; ahora le dejamos en libertad, porque creemos que á él le toca, ya en el estado en que las hemos dejado, terminar la historia de las desdichadas anguilas de Comacchio.



Preparacion de las anguilas.

ESTUDIOS DE HERALDICA.

ARMAS, BLASON (1).

La historia del Blason, aunque muy poco cultivada, y aun ridiculizada por algunos, no cabe duda que es de sumo interés; porque la nobleza ha tenido origen en las acciones grandes y eminentes, en el valor, en la fidelidad, en las armas y en las letras, como dice Bernabé Moreno de Vargas en el prólogo á sus discursos de la nobleza de España:

Las letras y las armas dan nobleza,
Consérvala el valor y la riqueza.

Porque aunque es verdad que todos los hombres han tenido un origen comun, no es cierto sin embargo aquel dicho tan vulgar; *si Adán fué infanzón, todos lo son*; porque la virtud, el valor, la sabiduría, y aun muchas veces la osadía y ambicion han elevado á algunos hombres á un rango superior al de sus semejantes, dándoles la nobleza personal, de la cual provino la hereditaria, formando las clases y gerarquías, tan necesarias en la sociedad, y tan dignas de respeto. Esta verdad aparecerá fuera de toda duda analizando de buena fé el origen de la nobleza; y los escudos de cuasi todas las nobles y antiguas familias de España recuerdan batallas memorables, conquistas y descubrimientos interesantes, servicios de consideracion prestados á la patria, y acciones, que muchas de ellas arrebatan la admiracion de todos los siglos, y estas no pueden menos de estar enlazadas con la historia de las naciones. Por esta razon cuando Mr. de Jaucourt dijo, que la historia heráldica no era mas que la historia de la vanidad de los hombres; el autor del discurso preliminar del tomo 1.º *Histoire tomo 1.º página 1.ª* de la Enciclopedia francesa, contestó con tanto tino: *será si se quiere la Historia de la vanidad, pero la historia de la vanidad humana está estrechamente enlazada, y no se distingue de la historia de los hombres.*

El poco cuidado que setenia antiguamente en transmitir á la posteridad por medio de los escritos los acontecimientos importantes, es causa de que no se sepa á punto fijo el origen del Blason, cuando comenzaron á usarse los esmaltes y demas que hoy componen los escudos de armas; cuando se hicieron hereditarios, ni quien fué el primero que dictó las reglas que hoy se guardan en su distribucion y composicion, ni los términos que se usan en la arte ó ciencia heráldica. Generalmente los autores que han escrito de la nobleza y el Blason, llevados tal vez del deseo de darles mayor autoridad, han caido en el ridículo, queriendo encontrar su origen en los primeros siglos del mundo; y entre nuestros escritores españoles Fr. Benito Guardiola, Bernabé Moreno de Vargas, Pedro Gerónimo de Aponle, Fernando de Mexia, y otros han asignado sus escudos de armas á los hijos de Jacob, gefes de las tribus de Israel; han descrito las de Gedeon, David, Júpiter, Hércules, Aquiles, Eneas y otros; y han buscado rastros de la ciencia heráldica entre los antiguos romanos; de cuyo vicio no han estado tampoco exentos los autores estrangeros, pues el cardenal Otón, en su obra heráldica manuscrita redactada por Juan Tirols, y hecha espresamente para regalarla á don Felipe II para que conociera la nobleza alemana, trae pintados los escudos de los primitivos

persas, asirios, babilonios y troyanos. Este error ha podido provenir en parte, de que confundieron con las armas, propiamente dichas, las enseñas, geroglíficos ó señales que se han usado desde la mas remota antigüedad, pues no cabe duda que los primeros caudillos usarian algunas señales para conducir y guiar sus huestes, ya fuesen figuras puestas sobre lanzas ó palos elevados como las águilas romanas y el Lábaro de Constantino, ya banderas con alguna imagen pintada como posteriormente se ha usado. Tampoco tiene nada de extraño, que los guerreros distinguidos, los reyes y gefes de los ejércitos usasen en sus penachos, yelmos, trages, armaduras y escudos, algunas enseñas ó distintivos particulares bien sea recordando algunas de sus victorias y hazañas, bien manifestando la dignidad ó cargo que desempeñaban; pero esto nada tiene que ver con el Blason ó armas hereditarias, destinadas á representar la noble ascendencia de las familias, y cuyo uso, segun el parecer del Ilmo. señor don Antonio Agustín en sus diálogos de las armas y linages de la nobleza de España, no comenzó hasta despues del año de mil, y mas particularmente despues del de mil trescientos, al menos en España, en donde hasta el tiempo del Cid ni aun se usaban apellidos de linage, sino solamente los patronímicos. Ambrosio de Morales es de parecer, que el uso de los escudos con armas ó esmaltes no comenzó en Castilla hasta el año de 1109, en que don Alfonso de Aragon casó con doña Urraca, el cual llevaba su escudo con armas y lo mismo los caballeros que le acompañaban; entonces los caballeros castellanos imitaron á los de Aragon, que habian tomado este uso de los franceses.

Apesar de que segun este testimonio los escudos fueron conocidos en Francia antes que en España, los autores de la Enciclopedia francesa impresa en Padua año 1784, convienen en que las armas hereditarias tuvieron origen en el siglo XI en los torneos y en las cruzadas. Los torneos precedieron algunos años á la primera cruzada, que no fué hasta fines del siglo undécimo. El cardenal Otón en su obra manuscrita antes citada dice: que los torneos fueron instituidos en Alemania despues del año 938, cuando el emperador Enrique, vencidos los hunnos, reunió en su corte todos los grandes señores de su imperio, y despues de habérles dado magníficos convites y festines, instituyó el torneo para que se ejercitasen en las armas, dando al mismo tiempo las leyes que habian de regir en ellos. De esta misma opinion es el autor de la obra intitulada, Blason de Francia.

En estos torneos, como en los demas que se celebraron en los otros reinos de Europa, comenzaron los caballeros combatientes á llevar sus enseñas en las cimbras y escudos para conocerse y distinguirse, pues las armaduras lo impedian; lo mismo acostumbraron á hacer cuando al partir para las expediciones de las cruzadas, se reunian caballeros de tan distintos paises y reinos, colocando en sus escudos algunas señales de su nobleza y poder, y de su piadosa y arriesgada expedicion, que solian aumentar á su vuelta con alguna cosa que recordase su valor y sufrimiento. Sabido es de todos el renombre y gloria que adquiria el vencedor en los torneos, y el entusiasmo con que eran recibidos los cruzados al volver de la Tierra Santa; y esto contribuyó para que los hijos y descendientes de estos caballeros comenzasen á mirar como punto de honor y gloria el conservar y traer el escudo de sus padres, con las señales que atestiguan su valor y piedad. Este en mi concepto fué el origen del Blason; despues se hizo indispensable en todas las familias de alta

(1) Se dá este nombre á los escudos hereditarios con que las familias nobles se distinguen unas de otras y de las familias plebeyas.

gerarquía el tener escudo de armas, su composición, colores y timbres fueron sujetos á reglas de cuya observancia y desempeño están encargados los heraldos ó reyes de armas.

El cardenal Oton trae la etimología del la voz heraldo de la palabra latina *héroes*, y asegura, apoyado en un manuscrito antiquísimo, que su primera institución fué de Dionisio el primer conquistador de la India, que dió este título á los guerreros que le habían acompañado en aquella conquista, y que por sus muchos años no podían continuar siguiéndole en sus expediciones. Yo, les dijo, os dispense de los trabajos militares, quiero que seais unos soldados veteranos á quienes se dé el título de héroes. En efecto los heraldos son de un origen puramente militar. En la Enciclopedia citada se dice que antiguamente eran unos empleados de guerra y etiqueta que tenían muchos cargos, derechos y privilegios. Ducange deriva la voz heraldo de la palabra alemana *heere-ald*, que significa sargento de campo ó de guerra; otros de la voz *heer-houd*, fiel á su señor. Fernando de Mexia atribuye la institución de los heraldos á Julio César, y su reglamento, privilegios y funciones al emperador Carlo Magno; quien dice nombró doce caballeros, dándoles el título de oficiales de armas. Ordenó que todos los príncipes tuviesen reyes de armas conviniéndose con ellos, para que fuesen seguros por todas partes, asien paz como en guerra; que no pagasen tributos ni pasaje, y que en sus cotas llevasen bordadas sobre el pecho las armas del imperio, ó las de la nación á que pertenecían. Mandó se les diese bastante sueldo para mantener cuatro servidores á caballo, y les concedió otras muchas inmunidades y privilegios.

Antiguamente estuvieron divididos en tres clases con el título los de mayor autoridad de Heraldos ó Reyes de armas; y los otros Farautes y Persevantes. Los primeros tenían doble sueldo y los emolumentos que los segundos, y estos que los terceros. Estaba á su cargo hacer las declaraciones de paz y guerra; asistir á las grandes ceremonias en los palacios de los soberanos como es en las coronaciones, matrimonios, juras, y grandes solemnidades, arreglar las luchas y desafíos entre caballeros particulares; en cuyo caso tenía el caballero obligación de darle su sueldo; averiguar las genealogías, señalar y arreglar los escudos de armas, denunciar los abusos que en ellos hubiese, y formar los blasones para los nuevos caballeros según las reglas del arte heráldica.

Hubo época en que el cuerpo de heraldos se compuso todo de nobles, y que su cargo fué muy respetado,

distinguido y lucrativo, luego fueron decayendo su prestigio y privilegios, y hasta sus funciones han quedado en lo general sin uso. La última vez que se halla en nuestra historia haberse declarado la guerra por un heraldo fué en tiempo de Felipe III, y hoy en día son muy raras las veces en que se emplean, y es solo en casos de etiqueta. Estas cortas nociones bastan para dar una idea del origen, nombres, privilegios y obligaciones de los heraldos ó reyes de armas: ahora señalaremos con la brevedad posible las reglas principales que se deben observar en la formación de los escudos, y colocación de sus timbres ó piezas.

Las dimensiones del escudo han de ser cinco partes por lo ancho y seis por lo largo, su figura aunque comunmente es la que tenían los escudos de los guerreros, es arbitraria, con tal que tenga con ellos alguna semejanza. En su composición se usa únicamente de dos metales oro y plata, y de cinco colores (ó cuatro según la opinión de los que no llaman color al purpúreo ó morado, sino mezcla de colores.) Estos se llaman esmaltes porque antiguamente cuando los escudos de los guerreros tenían que sufrir la intemperie y los golpes, estaban esmaltados para que fuesen mas permanentes y duraderos; y son colorado, azul, verde, negro y el de mezcla ó morado, á los que corresponden en el lenguaje heráldico los nombres de *gules*, *blau*, *sinople*, *sable* y *purpura*, y ademas entran dos clases de pieles que son armiños y veros. Los autores de la Enciclopedia creen que los nombres *gules* y *blau* son tomados de la lengua árabe ó persa; el *sinople* de una villa de Capadocia, y el *sable* corrompido de *sabellina pellis* ó *marta* zibelina, animal muy comun en los países que atravesaron los cruzados; los cuales acostumbraron también á forrar sus ropages y guarnecer sus escudos con los armiños y veros de donde pasaron al Blason.

Todos los escritores de heráldica han dado á los metales y esmaltes arriba dichos sus significaciones y propiedades, y al darles cabida en los escudos han hecho aplicaciones físicas y morales mas ó menos exactas y propias. El referirlas todas seria demasiado prolijo, y aun de muy poca utilidad; mas para no privar á nuestros lectores de cuantas ideas puedan conducir á la mejor inteligencia del Blason y de los autores que de el tratan; comprenderemos las mas generales significaciones, semejanzas y demas en la siguiente tabla, cuya idea hemos tomado del cardenal Oton, al que añadiremos algo de los noviliarios de don Alonso Lopez de Haro, y de Fernando de Mexia.

TABLA que comprende las significaciones, semejanzas y obligaciones que los heráldicos atribuyen á los metales y colores de los escudos de armas.

Metales y colores.	Virtudes.	En los planetas.	En las piedras preciosas.		
Oro.	Nobleza.	Sol.	Topacio.	Imponen á los caballeros la obligación de	Hacer bien por los pobres.
Plata.	Riqueza.	Luna.	Perla.		Defender las vírgenes ultrajadas.
Gules ó colorado.	Valor.	Saturno.	Rubi.		Defender á los injustamente agraviados.
Blau ó azul.	Libertad.	Venus.	Záfiro.		Defender los leales vasallos.
Sable ó negro.	Humanidad.	Marte.	Diamante.		Defender y amparar las viudas.
Sinople ó verde.	Honradez.	Mercurio.	Esmeralda.		Defender y proteger los huérfanos.
Púrpura ó mixto.	Liberalidad.	Júpiter.	Balex.		Defender la iglesia y estado eclesiástico.

Con arreglo á las significaciones y propiedades expresadas en la tabla anterior se adoptaba para color del escudo aquel que mas analogía presentaba con el hecho ó hazaña que habia dado motivo á la nobleza del linage ó á la profesion é inclinaciones del caballero.

Hace cerca de tres siglos que para representar en el grabado sin necesidad del colorido los metales y esmaltes de los escudos se han adoptado las formas siguientes. El oro se conoce en que el escudo está lleno de pequeños puntos; la plata en que está enteramente blanco; el gules ó colorado, por líneas perpendiculares; el blau ó azul por líneas horizontales; el sable ó negro por líneas perpendiculares y horizontales, cruzadas; el sinople ó verde por líneas diagonales de derecha á izquierda; la púrpura ó mezcla por líneas diagonales de izquierda á derecha como se ve en las figuras números 1, 2, 3, 4, 5, 6 y 7.

Las reglas que hay para la colocacion de los dichos metales y colores son, primera, que jamas se coloque metal sobre metal, ni color de modo que si el campo de un escudo es de oro ó plata los timbres ó piezas han de ser de color, y si el campo es de color han de ser de oro ó plata. De esta regla es escepcion el escudo de armas de Jerusalem que es una cruz de oro en campo de plata.

La segunda, que las dos clases de pieles que entran en el blason llamadas armiños y veros son reputadas por metales. Los armiños son siempre negros en campo blanco, y se suelen pintar en la forma que se ve en la figura 8. Los veros suelen ser de plata en campo azul formando como una especie de vasitos ó copas boca á bajo como se vé en la figura 9.

La tercera, que en un mismo escudo no puede haber escaques ó jaqueles ni lisonjas de dos colores ni de dos metales. Escaques se llaman los cuadros formados en el escudo por líneas perpendiculares y horizontales, figura 10. las lisonjas son los formados por líneas diagonales cruzadas, figura 11.

Tambien hay sus reglas establecidas para la particion del escudo, cuando hay que colocar en él armas de dos ó mas linages. Divídese primeramente en dos partes iguales de cuatro maneras, á saber por una perpendicular de alto á bajo, la cual particion se llama en palo, figura 12; á lo ancho, y se dice en faja, figura 13; en diagonal desde la derecha superior del escudo á la izquierda inferior, llamado en banda, figura 14; y finalmente formando como una especie de pabellon que lo parte en tres cuarteles iguales, á que dan el nombre de mantel, figura 16.

Divídese tambien en tres partes iguales de las maneras sobredichas, ocupando con el palo, faja ó banda la tercera parte del escudo; ó dejando una tercera parte de él por alto ó por lo bajo, como se ve en las figuras 16, 17, 18, 19, y 20. Este último modo han solido usarlo los nuevos caballeros, llevando en el tercio superior las armas del rey que les dió el título, y los cardenales las del sumo Pontífice, y en las dos inferiores las suyas ó de su linage. Hay otro modo, aunque en España es muy poco usado, en que la banda forma como un triángulo cuyo vértice mira á la parte superior del escudo á que dan el nombre de xeron ó xamblon como en la figura 21.

Divídese el escudo en cuatro partes iguales de dos maneras: en forma de cruz y se llama en cuarteles, figura 22; ó en forma de aspa cuyos cuarteles se llaman á frange, figura 23. Hay tambien otro modo de dividir el escudo en ocho partes iguales á que dan el nombre de girones como en la figura 24.

En los escudos se acostumbra á usar orlas de varias maneras, unas llanas de un solo color ó metal, figura 25; otras con estrellas, aspas, cruces, rosas, escudos, roeles etc.; otras son escacadas, figura 26;

ó de unas puntas como sierra hacia la parte interior que llaman *d'antia*, figura 27; cuyas puntas cuando son cuadradas toman el nombre de *camponea*, y en lemosin *almognas*, figura 28. Estos dos á veces maneras de orlas, así como un restel como el que se vé figura 29; suelen en Francia (según don Antonio Agustín) ser señal de no ser hijo primogénito ni heredero del estado, porque en Francia solo usan las armas del linage los primogénitos ó herederos. Fernando de Megia dice, que según el uso de Francia y Alemania los bastardos acostumbra á traer las armas de su linage en un cuartel del escudo y los otros tres vacíos, ó una banda que rompa las armas; pero lo mas usado como señal de bastardía es una barra atravesada de izquierda á derecha del escudo.

Finalmente, los blasones suelen ir adornados de corona, yelmo, cimera, follages, y mote ó letrero, cuyos adornos pueden ponerse en los escudos si han sido de sus ascendientes, ó algunos de ellos tomarse del mismo escudo. Las coronas son de dos maneras, floreteadas y grandes, ó sencillas y pequeñas llamadas coronelas. Las floreteadas solo son propias de reyes ó principes no reconocientes superior; los duques y grandes ponen los coroneles, que son unas coronas de puntas llanas delgadas y pequeñas. El yelmo puesto de frente y con aberturas es propio de reyes, duques ó grandes señores cuando ejercen jurisdiccion, porque donde no la tienen deben estar vueltos hacia la derecha del escudo, según siente el Cardenal Oton; y traerlo de lado y sin aberturas es de caballeros ó escuderos sin título, según don Antonio Agustín. La cimera ha de estar tomada del mismo escudo, de modo que si en él hay por timbre un leon, una águila, un javalí etc. la cimera la ha de formar la cabeza de los dichos animales, y ha de ser de los mismos esmaltes que en el escudo. El follage está formado por las hojas de la yerba acanto que se cria comunmente en lugares pantanosos; y en fin el mote ó letrero ha de tener alguna analogía con el todo ó alguna parte del escudo.

Resta anotar las reglas que se guardan en la colocacion de las piezas ó timbres del escudo, y de los que principalmente se suelen usar en las armas. Los primeros que comenzaron á entrar en la formacion del escudo son los llamados timbres honorables ó de distincion, que son el yelmo, la faja, el palo, la cruz, la banda, el xebron y el aspa, que según los heraldistas significan, el primero el casco de los guerreros; la faja representa el cinturón de los antiguos caballeros, ó la tela con que sostenian el brazo herido; el palo es señal de jurisdiccion; la cruz en varias formas fué adoptada en las expediciones de la Tierra Santa; la banda significa el tahalí de los caballeros puesto sobre la espalda; el xebron según unos representa el acicate ó espuela de los guerreros, y según otros la barrera de la liza de los torneos; finalmente el aspa recuerda un rico cordon que pendia de las sillas y servia para sostener los estribos. Es verdad que estas significaciones, así como otras muchas usadas en la heraldica son bastante arbitrarias y forzadas; pero es indispensable conformarse con lo ya establecido y confirmado por el uso de muchos siglos, y que no siempre carece de fundamento, como se vé en muchas de las armas de la nobleza española, ni que los timbres tienen comunmente una significacion propia y adecuada como por ejemplo las cadenas que rompieron los cristianos en las Navas de Tolosa, como tambien las cruces de varias formas por la que aquel día apareció en el aire; las aspas por las batallas de Alarcos que fué día de san Andres; las bandas por la victoria del Salado en cuya consecuencia el rey don Alonso instituyó la orden de la Banda; los roeles recuerdan los caballeros de la tabla redonda; los escaques, que aventuraron sus vidas y fortunas al tablero incierto y peligroso de la guerra; y

en fin las panelas, porque son semejantes á las hojas del chopo en representacion de la yerba de que abunda el campo que regaron con la sangre enemiga. Otros timbres están colocados en los escudos por la semejanza con el apellido de la familia á que pertenecen, como el sol, la luna, el calzado, las cuñas, las hojas de higuera etc. por los de Solís, Lunas, Zapatas, Abarcas, Acuña, Figueroa etc. lo cual prueba que no debemos calificar todas las significaciones del Blason de impropias y forzadas porque no las comprendamos ó ignoremos su origen.

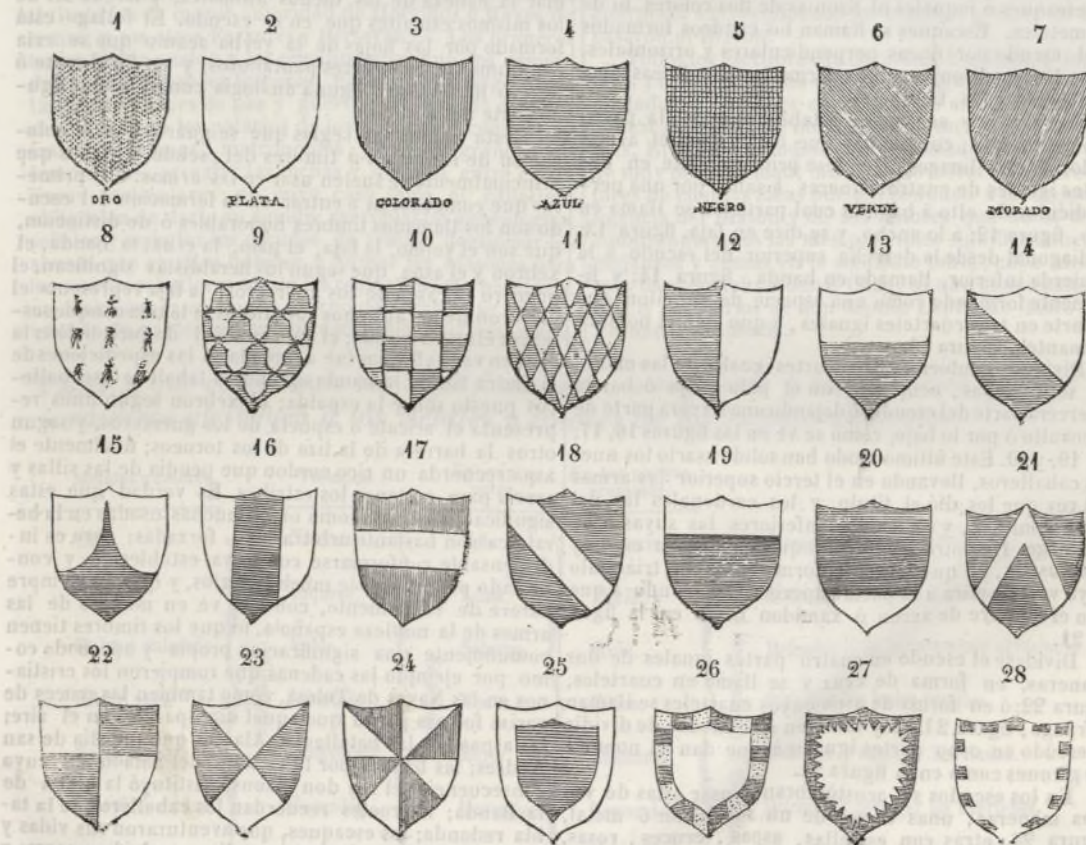
Aunque todo puede adoptarse como timbre en la composicion del escudo, sin embargo la figura humana entera es muy rara, pero se encuentran cabezas, brazos y algunos otros miembros. Entre los animales el leon es el mas usado, el lobo se encuentra con frecuencia en los blasones de España; de las aves el águila es muy comun en los escudos de todas las naciones, y algunas veces el pavo, el alcon, las palomas y otros; entre los reptiles la serpiente y cabezas de dragon; en los peces el delfin; y de los fabulosos el fenix, el grifo, y el pelicno son muy usados; de toro, ciervo, javalí y otros animales suelen usarse solo las cabezas. Finalmente los castillos, los astros, los arboles y las flores entran muy comunmente en la composicion de los escudos. Las reglas generalmente observadas son: que los animales ya esten representados enteros, ya sus cabezas, esten vueltos hacia la derecha del escudo, y sean de su propio color, excepto el leon que varia de esmaltes, y el águila que comunmente es negra. Los árboles tienen por esmalte propio el verde y sus frutos regularmente de metal: las rosas el en-

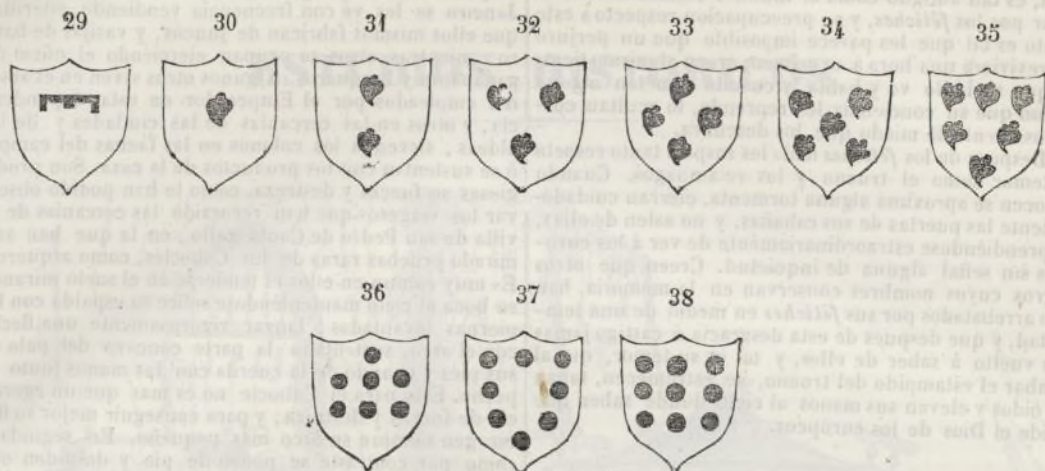
carnado, aunque algunas veces son tambien de oro, plata y otros colores. De los astros el sol se vé representado de oro con ocho rayos rectos y otros tantos ondulantes; la luna de plata en sus diferentes fases, las estrellas son regularmente de cinco puntas, los italianos les ponen seis. Finalmente á los cuerpos redondos como monedas ó cosas semejantes dan los heráldicos el nombre de roeles, y panelas á los que representan la hoja del chopo semejante a la figura de corazon, como las representadas en las figuras treinta y siguientes.

Cuando en la composicion del escudo entran uno ó mas timbres iguales, entonces su colocacion debe ser del modo siguiente: si es una se coloca en el centro del escudo ó cuartel, figura 30; si dos, el uno sobre el otro, figura 31; si tres, dos en jefe y uno en punta, figura 32; cuatro, dos en jefe dos en punta, figura 33; cinco en aspa, figura 34; seis, tres, dos, y uno, figura 35; siete, tres, tres, y uno, figura 36; ocho, en orla, figura 37; nueve, tres, tres, y tres, figura 38; etc.

Aunque nos hemos propuesto en el artículo precedente anotar la reglas principales que componen el arte heráldico, y hacer conocer sus nombres técnicos mas usuales, quedan sin embargo una porcion de minuciosidades que solo tienen cabida en un arte completo del Blason; lo cual no ha sido nuestro propósito; pero lo dicho es muy bastante para formar una idea de la historia del Blason, para entender los autores que han escrito sobre él, y comprender, explicar y aun formar con propiedad los escudos de armas, que fué nuestro propósito.

José QUEVEDO.





ESTUDIOS DE VIAGES.

Africa.

SUPERSTICIONES DE LOS NEGROS DE LA COSTA DE ORO.

La religion que profesan los negros de la parte del Africa, conocida bajo el nombre de Costa de Oro, se subdivide en diversas sectas, sin que exista pueblo grande, pequeño, aldea y aun familia, que no ofrezca diferencias en sus opiniones y creencias.

Muy difícil es fijar exactamente las ideas que profesan relativas á la creacion del género humano. Creen en un solo Dios al que atribuyen la obra de todo lo creado, pero esta misma creencia es oscura y mal concebida. Cuando se les pregunta si han visto á Dios y que figura tiene, contestan que sí, pero que es negro y malo porque se complace en causarles mil género de tormentos, mientras que el Dios de los europeos es muy bueno porque los trata como á sus hijos. El ser que consideran como el primitivo y único Dios, sostienen que crió á un tiempo á los hombres blancos y á los negros; que después de haber considerado su obra, hizo á las criaturas los presentes del oro y el conocimiento de las artes; que les dió primero á escoger á los negros, y se decidieron por el oro, dejando á los blancos las artes y las ciencias; que el Señor consintió, pero que irritado por su avaricia determinó que fuesen eternamente esclavos de los blancos sin esperanza de que cambiara su condicion.

Los negros de un canton de la costa de Oro son los únicos que han creado imágenes á quien veneran y tributan culto, pero sus ídolos son lo mas estravagante y ridículo que puede inventarse, y buena prueba es el que como muestra ofrece nuestro grabado; los de los demas cantones, profesan respeto á cualquiera vagatela á que dan el nombre de *fétiche*, palabra portuguesa en su origen y que quiere decir reliquia ó amuleto. No se puede determinar á punto fijo cuando empezaron á usar de esta palabra. En su idioma *bossun* significa Dios

y cosa divina, aunque otros tambien usan de la palabra *bassefo* que espresa lo mismo. *Fétiche* la emplean ordinariamente en un sentido religioso. Todo lo que contribuye á honrar la divinidad lo denominan con una misma espresion, de suerte que no es fácil distinguir los ídolos de los utensilios de su culto.

Los negros compran á sus grandes sacerdotes estos *fétiches* que fingen encontrar bajo los árboles sagrados, vendiéndolos al pueblo despues de haberlos espuestos durante un espacio determinado de tiempo, sobre una gran piedra que dicen cuenta tanta antigüedad como el mundo, constituyendo esto toda su consagracion. Generalmente consisten en una bola hecha de cierto betun adornado con algunas pluma de papagayo.

En señal de respeto y veneracion por este género de idolatria se abstiene cada negro durante su vida de algun licor ó manjar, y se creeria amenazado de muerte el que inadvertidamente traspasase este precepto voluntario.

Ademas de los *fétiches* domésticos y personales, tributan su adoracion los habitantes de la costa de Oro á otros públicos y generales que consideran protectores del pais ó del canton, y estos suelen ser una montaña, un árbol, ó roca, y muchas veces un pájaro, ó un pescado. Estos *fétiches* tutelares adquieren un carácter é importancia de divinidad para toda la nacion. Un negro que por un accidente cualquiera matase al pájaro ó pescado *fétiche*, tendria bastante castigo con el convencimiento de su misma fatalidad, y un europeo que cometiera este sacrilegio, veria su vida espuesta al último trance.

Las mas elevadas montañas, de donde imaginan se desprenden relámpagos, y habitan los dioses, son para ellos tambien objeto de adoracion, y les dedican ofrendas que depositan respetuosamente en su falda y que por lo comun consisten en arroz, miel, maiz y frutas.

Las piedras *fétiches*, tienen la misma forma que los guarda-ruedas de los caminos de Europa ó las que sirven para determinar la division de propiedad en los campos; su culto, segun la opinion de los mismos ne-

gros, es tan antiguo como el mundo. Temen mucho el jurar por los *fétiches*, y su preocupación respecto á este punto es tal que les parece imposible que un perjurio sobreviviera una hora á su crimen; creen al mismo tiempo que su ídolo vé y habla, y cuando cometen alguna acción que su conciencia les reprende, lo ocultan cuidadosamente de miedo que los descubra.

Después de los *fétiches* nada les inspira tanto respeto ni temor como el trueno y los relámpagos. Cuando conocen se aproxima alguna tormenta, cierran cuidadosamente las puertas de sus cabañas, y no salen de ellas, sorprendiéndose extraordinariamente de ver á los europeos sin señal alguna de inquietud. Creen que otros negros cuyos nombres conservan en la memoria, han sido arrebatados por sus *fétiches* en medio de una tempestad, y que después de esta desgracia ó castigo jamás han vuelto á saber de ellos, y tal es su temor, que al zumbir el estampido del trueno, se estremecen, tapan sus oídos y elevan sus manos al cielo donde saben que reside el Dios de los europeos.

CABOCLES.

O INDIOS CATOLICOS DEL BRASIL.

Distiñen con el nombre de Cabocle en las provincias de Rio-Janeiro á todo indio que ha recibido el sacramento bautismal. Este primer paso hacia la civilización los atrae á las poblaciones, humanizándolos y sus-

trayéndolos á los peligros de una vida salvaje. En Rio-Janeiro se les vé con frecuencia vendiendo esterillas que ellos mismos fabrican de juncos, y vasijas de barro; mientras otros se ocupan ejerciendo el oficio de ganapanes y barqueros. Algunos otros viven en el arsenal empleados por el Emperador en esta dependencia, y otros en las cercanías de las ciudades y de las aldeas, sirven á los colonos en las faenas del campo, ó se sustentan con los productos de la caza. Son prodigiosas su fuerza y destreza, como lo han podido observar los viajeros que han recorrido las cercanías de la villa de san Pedro de Canta-gallo, en la que han admirado pruebas raras de los Cabocles, como arqueros. Es muy común en ellos el tenderse en el suelo mirando su boca al cielo manteniéndose sobre su espalda con las piernas levantadas, lanzar vigorosamente una flecha con el arco, sustentado la parte cóncava del palo en sus pies y tirando de la cuerda con las manos junto al pecho. Esto para el Cabocle no es mas que un ejercicio de fuerza y destreza, y para conseguir mejor su fin, escogen siempre su arco mas pequeño. En seguida y como por contraste se ponen de pie y despiden otra flecha perpendicularmente por encima de su cabeza, y esperan que descienda á sus pies dentro del perímetro de un reducido círculo que describen, y cuyo centro ocupan. Estos maravillosos arqueros son de mucha utilidad á los viajeros y naturalistas que se hacen acompañar de una tropa de estos prácticos en sus expediciones al interior de las selvas, y gracias á sus flechas, se procuran las ciencias el conocimiento de aves y animales raros, al paso que salvan las caravanas de las escaseces y penurias que consigo trae el hambre y la escasez de víveres.



Marineros ingleses examinando un ídolo del canton de Aera.